

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOPE DE RUEDA,

COMEDIA NOVELESCA, ORIGINAL, EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1870.

CATALOGO

D LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...

Amor de antesaia.

Abelardo y Eloisa.

Abnegacion y nobleza.

Angela.

Afectos de odio y amor.

Arcaños del alma.

Amar despues de la muerte.

Al mejor cazador...

Achaque quieren las cosas.

Amor es sueño.

A caza de cuervos.

A caza de herencias.

Amor, poder y pelucas.

Amar por senas.

A falta de pan...

Articulo por articulo.

Aventuras imperiales.

Achaques matrimoniales.

Andarse por las ramas.

A pan y agua.

Al Africa.

Bonito viaje.

Boadicea, *drama heróico.*

Batalla de reinas.

Berta la flamenco.

Barómetro conyugal.

Bienes mal adquiridos.

Bien vengas mal si vienes solo.

Bondades y desventuras.

Corregir al que yerra.

Cañizares y Guevara.

Cosas suyas.

Calamidades.

Como dos gotas de agua.

Cuatro agravios y ninguno.

Como se empuñe un marido!

Con razon y sin razon.

Cómo se rompen palabras.

Conspirar con buena suerte.

Chismes, parientes y amigos.

Con el diablo á cuchilladas.

Costumbres politicas.

Contrastes.

Catilina.

Cárlos IX y los Hugonotes.

Carnioli.

Candidito.

Caprichos del corazon.

Con canas y polleando.

Culpa y castigo.

Crisis matrimonial.

Cristóbal Colon.

Corregir al que yerra.

Clementina.

Con la música á otra parte.

Cara y cruz.

Dos sobrinos contra un tio.

D. Primo Segundo y Quinto.

Deudas de la conciencia.

Don Sancho el Bravo.

Don Bernardo de Cabrera.

Dos artistas.

Diana de San Roman.

D. Tomás.

De audaces es la fortuna.

Dos hijos sin padre.

Donde menos se piensa...

D. José, Pepe y Pepito.

Dos mirlos blancos.

Deudas de la honr

De la mano á la boca.

Doble emboscada.

El amor y la moda.

Está loco!

En mangas de camisa.

El que no cae... resbala.

El niño perdido.

El querer y el rascar...

El hombre negro.

El fin de la novela.

El filántropo.

El hijo de tñes padres.

El último vals de Weber.

El hongo y el mirihaque.

¡Es una malva!

Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.

El oncenno no estorbar.

El anillo del Rey.

El caballero feudal.

¡Es un ángel!

El 5 de agosto.

El escondido y la tapada.

El licenciado Vidriera.

¡En crisis!

El Justicia de Aragon.

El Monarca y el Judío.

El rico y el pobre.

El beso de Judas.

El alma del Rey Garcia.

El afán de tener novio.

El juicio público.

El sitio de Sebastopol.

El todo por el todo.

El gitano, ó el hijo de las Alpu-

jaras.

El que las da las toma.

El camino de presidio.

El honor y el dinero.

El payaso.

Este cuarto se alquila.

Esposa y mártir.

El pan de cada dia.

El mestizo.

El diablo en Amberes.

El ciego.

El protegido de las nubes

El marqués y el marquesito.

El reloj de San Plácido.

El bello ideal.

El castigo de una falta.

El estandarte español en las cos-

tas africanas.

El conde de Montecristo.

Elena, ó hermana y rival.

Esperanza.

El grito de la conciencia.

¡El autor! ¡El autor!

El enemigo en casa.

El último pichon.

El literato por fuerza.

El alma en un hilo.

El alcalde de Pedroñeras.

Egoismo y honradez.

El honor de la familia.

El hijo del ahorcado.

El dinero.

El jorobado.

El Diabolo.

El Arte de ser feliz.

El que no la corre antes...

El loco por fuerza.

El soplo del diablo.

El pastelero de Paris.

Furor parlamentario.

Faltas juveniles.

Francisco Pizarro.

Fé en Dios.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó e

ahijado de todo el mundo

Genio y figura.

Historia china.

Hacer cuenta sin la huésped.

Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.

Indicios vehementes.

Isabel de Medicis.

Ilusiones de la vida.

Imperfeciones.

Intrigas de torador.

Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.

Juan sin Tierra.

Juan sin Pena.

Jorge el artesano.

Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinclon.

Lo mejor de los dados.

Los dos sargentos españoles.

Los dos inseparables.

La pesadilla de un casero.

La hija del rey Rene.

Los extremos.

Los dedos huespedes.

Los éxtasis.

La posdata de una carta.

La mosquita muerta.

La hidrofobia.

La cuenta del zapatero.

Los quid pro quos.

La Torre de Londres.

Los amantes de Teruel.

La verdad en el espejo.

La banda de la Condesa.

La esposa de Sancho el Bravo.

La boda de Quevedo.

La Creacion y el Diluvio.

La gloria del arte.

La Gitanilla de Madrid

La Madre de San Fernando.

Las flores de Don Juan.

Las apariencias.

Las guerras civiles.

Lecciones de amor.

Los maridos.

La lápida mortuoria.

La bolsa y el bolsillo.

La libertad de Florencia.

La Archiduquesita.

La escuela de los amigos.

La escuela de los perdidos.

La escala del poder.

Las cuatro estaciones.

Las tres banqueros.

Las huérfanas de la Caridad.

La niña Iris.

La dicha en el bien ajeno.

La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho.

La cruz del misterio.

Los pobres de Madrid.

La planta exótica.

Las mujeres.

La union en Africa.

Las dos Reinas.

La piedra filosofal.

La corona de Castilla (alegoria)

La calle de la Montera

Los pecados de los padres.

Los infieles.

Los moros del Riff.

R-134670

ANT

XIX

1931

LOPE DE RUEDA.

SE ESTRENÓ EL 11 DE ENERO DE 1870 EN EL TEATRO DEL MISMO
NOMBRE, ANTIGUO CIRCO DE PAUL.

LOPE DE RUEDA,

COMEDIA NOVELESCA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

DE

LUIS DE EGUILAZ.

En el acto segundo, y formando parte de una de sus situaciones, se incluye
el célebre paso

LAS ACEITUNAS.

PRECIOSA JOYA DEL PADRE DE NUESTRA ESCENA.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Verdades amargas.

Alarcon.

Las prohibiciones.

Una broma de Quevedo.

El caballero del milagro.

Mariana la barlu.

Una Virgen de Murillo (1).

Entre todas las mujeres. (1)

La vergonzosa en palacio.

Cuando ahorcaron á Quevedo.

El esclavo.

Una aventura de Tirso.

La vida de Juan soldado.

La Vaquera de la Finojosa.

La llave de oro.

Grazalema.

El Patriarca del Turia.

Las querellas del rey sabio.

Mentiras dulces.

¡Santiago y á ellos!

El padre de los pobres.

La Payesa de Sarriá.

Los crepúsculos.

La cruz del matrimonio.

Los encantos de Brijan.

Los soldados de plomo.

Quiero y no puedo.

Un hallazgo literario.

La convalecencia.

Lope de Rueda.

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gulton e Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

À LOS ACTORES ESPAÑOLES.

La escena pátria, que por espacio de algunos siglos ha venido marchando al frente de todas las del mundo, hállase de poco tiempo acá en tal estado de decadencia y pos-tracion, que sino es signo de cercana muerte, aseméjase bastante al período que pre-cede á la agonía. El viento transpirenáico llega á nuestras montañas y llanuras impreg-nado en las materiales notas de ese músico al uso, cuya reputacion ha eclipsado la de Rossini, y á compás de ellas saltan y hacen contorsiones hombres y mujeres se-mi desnudas en los mismos escenarios donde algun tiempo atrás resonaba la voz de los Latorres, Romeas y Guzmanes, haciendo oír al público los inspirados é inmortales versos de un Breton de los Herreros, un Hartzenbusch, un Garcia Gutierrez ó un Zorrilla, glorias españolas, que en vida gozan los aplausos, que solo la posteridad concede. Un género extranjero, que ninguna relacion tiene con nuestras ideas y cos-tumbres, un género bastardo, cuyo fundamento literario es la absoluta carencia de sentido comun, un género materialista y grosero, reñido casi siempre con la moral, y la mayor parte de las veces hasta con el decoro, reina como déspota en nuestros teatros y pervierte á los artistas y avasalla al público, que en su inmensa mayo-ria, solo se sienta á mesa en que le sirvan este plato. ¡Triste idea de nuestro país, compañeros y amigos, está dando el teatro! Si es en efecto el termómetro que marca los grados de cultura de un pueblo, á muchos bajo cero debe hallarse este en que nacimos, este que tanto amamos, este que el mundo llama la pátria de Calderon y Lope.

No hay por qué ocultar heridas, que denuncia la sangre que de ellas salta á borbotones: el mal es el que os digo, y en balde será que queriendo engañarnos á

nosotros mismos, tratemos de acortar á nuestros ojos sus verdaderas proporciones: como torrente impetuoso barre el buen gusto, que en la escena española imperaba; como epidemia terrible asola el arte y contagia á los que lo profesan y admiran; como manga de fuego devora cuanto de bello y noble, cuanto de grande y generoso habia en ese grande edificio, cuyos cimientos echó el pobre farandulero Lope de Rueda, y á cuya ereccion y coronamiento han contribuido despues tantos hombres inmortales que el mundo nos envidia. El mal, compañeros, es este; y el remedio no puede ser otro que oponer dique al torrente, y aire puro á la atmósfera viciada por miasmas deletéreos, y raudales de agua á la inmensa hoguera que al arte consume. Cobardemente se está transigiendo con ese enemigo de la moral y la cultura públicas: por no chocar de frente con el gusto reinante, nuestra comedia se hace frívola de profunda que era; nuestra representacion comienza á asimilarse á la muchas veces chavacana y grosera, que de Francia nos viene, cuando elevada y digna fué desde los orígenes del teatro: en camino estamos no de morir lidiando como buenos, sino de pasarnos al enemigo con armas y bagajes. ¿Es esto lo que cumple á poetas y artistas españoles? ¿Renegaremos de nuestras creencias por procurarnos el bienestar material de que carecemos? No, amigos míos: la profesion del arte en España no es gloria, sino sacrificio; ya al dirigir nuestros pasos á su áspera senda lo teníamos sabido; al que por ella camina, calvario y no mansion de placeres le espera al fin de la jornada.

Nada de cobardes transacciones; nada de esperar auxilios extraños para la lucha; esa esperanza es una vana quimera. ¿Aguardais el remedio del cansancio del público? Este vendrá; pero acaso sea tarde cuando venga. ¿Aguardáislo por ventura de los altos poderes del Estado? El gobierno español subvenciona la ópera italiana al par que cierra el Conservatorio de declamacion. Solos estamos y á nuestras propias fuerzas reducidos; mas si combatimos de frente llevando por banderas la moral y la cultura, si arrojando como armas de escasa valia la comedia frívola ó grosera, y salvando con valor los obstáculos que rutinarias conveniencias y mezquinos intereses nos oponen, lanzamos contra el enemigo tantas obras profundas y trascendentales como existen en nuestro rico repertorio, si llenamos en fin cumplidamente nuestra alta mision de dar enseñanza y consuelo, nuestras filas engrosarán de día en día, alistándose en ellas como voluntarios cuantos sienten el fuego sagrado del patriotismo, cuantos aman lo bello y lo noble, cuantos tienen hijas ó esposas, á las que ahora se avergüenzan de llevar al teatro; y la prensa, que es hoy el clarín que al combate nos llama, será mañana el heraldo de nuestro triunfo.

La propia experiencia me acredita lo que os digo. Logran mis obras, por lo general, un número de representaciones desusado, y vosotros y yo sabemos bien que

esto no es debido al escaso ingenio, que Dios me dió, bien inferior por cierto al de muchos que en España se dedican al teatro. ¿Quereis saber el secreto de este éxito casi constante? Pues solo estriba en que mi pluma se inspira en el sentimiento nacional, en que en todas mis comedias me propongo un pensamiento útil, moralmente hablando, que es por decirlo así, la sangre de la obra que vivifica hasta sus más insignificantes escenas, y en que los padres saben que cuando mi nombre está en los carteles, pueden llevar sus hijas al teatro, sin miedo de que el rubor asome á sus mejillas. Con estos medios de ataque el triunfo es seguro, sobre todo si manos más fuertes y hábiles que las mías los dirigen. ¡Adelante, amigos y compañeros, adelante en nombre del arte español!

Esta comedia es al par un grito de alerta y la primer descarga dirigida al enemigo: por eso os la dedico, yo, pobre soldado de ñila, que he cogido la bandera del arte y la sostendré muy alta, hasta que mano más digna de enarbolarla la haga hondear sobre nuestras cabezas.

Luis de Equilaz.

PERSONAJES.

ACTORES.

RUFINA ANDRADE.....	SRA. DIAZ.
MENCIGÜELA DEL ROCIO.....	SRA. HIJOSA.
LOPE DE RUEDA.....	SR. MORALES.
EL CANÓNIGO MACHADO.....	SR. PIZARROSO.
MAESE ANDRADE.....	SR. MARIO.
DON FELIX DE AVENDAÑO.....	SR. BENETI.
MELCHOR ORTIZ.....	SR. ALISEDO.

DOÑA ARACELI PONCE DE LEON...	STA. ALVAREZ.
ÁGUEDA PERALTA.....	SRA. RAMOS.
INESILLA.....	STA. SIERRA.
EL CABALLERO NEGRO.....	SR. RUIZ (D. M.).
EL MAYORDOMO ESCAMILLA.....	SR. BENEDÍ.
BLAS ZAMBRANO.....	SR. OSSORIO.
ANTON PALOMEQUE.....	SR. BARDO.

Batidores de oro, marimorenos, acbúcheleños, farsantes, pajes, vendeiros,
villanas, mozas y mozos de meson.

SEGUNDO TERCIO DEL SIGLO DÉCIMOSEXTO.

El primer acto en Sevilla; el segundo en las cercanías de Córdoba, y el tercero
en el castillo de Gaucin el de Aguilar.

La direccion de esta obra ha estado á cargo de D. DIEGO LUQUE, y las decoracio-
nes han sido pintadas por los SEÑORES FERRI Y BUSATO.

Por un error del copiante aparecen mal impresas las primeras palabras de
la obra. El autor desea, que el actor encargado de hacer de Canónigo, las
pronuncie así:

In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

ACTO PRIMERO.

Taller de batidor de oro.

ESCENA PRIMERA.

RUFINA, el CANÓNIGO, MELCHOR, OFICIALES, que trabajan en el fondo.

CANON. *In nomine Patri et Filli et Espíritu Sancto. Amen.* Ajajá!
Ya acabé con el rezo que atrasado tenía.—Rufina? (Pausa.) Eh! Rufina? Con quién hablo, muchacha? (Desde el sillón en que aparece sentado.)

MELCH. Rufina, señora, que te llama el señor Canónigo. (Desde el sitio en que está trabajando.)

RUF. Ah! Qué me manda vuesa merced?

CANON. Dormías, muchacha?

RUF. No tal.

CANON. Ya! Estabas como siempre!

RUF. Como siempre, sí señor.

CANON. Y será indiscreta cosa en un antiguo amigo de tu padre, que santa gloria haya, pretender inquirir qué haces ahí sentada todo el día de Dios y toda la santa noche, sin oír lo que en derredor de tí se dice ni ver lo que ante tus ojos pasa?

RUF. Pienso.

CANON. Piensas; y añadir pudieras, hija, que en lo que no debes.

MELCH. Así, así, señor Canónigo! Sermonícela vuesa merced y excomúlguela si á la mano le viene, que de andar en compañía de esos pensamientos que dice, se va á quedar seca como la caña de una escoba.

RUF. Calla, bobo.

MELCH. Bobo! bobo! Méteme el dedo en la boca á ver si te lo muerdo. ¿Negarás que es así como el señor Canónigo lo cuenta, y aun más, que de cuando en cuando te corre por la mejilla cada lagrimon como una avellana?

CANON. Ello es así, Rufina; y no hay sino confesar y prometer la enmienda.

MELCH. Y no sino que no le obedezca! Mire vuesa merced: no siendo cuando Lope de Rueda hace en el taller alguna burla ó echa una de esas relaciones que á todos nos levantan de cáscos, siempre se la encuentra como la ve, ya cosa ó hile ó se emplee en otros menesteres, ya se esté mano sobre mano mirando á la luna, que no parece sino que de ella le ha de venir algo bueno. Lope de Rueda dice que se halla aquejada de un mal que llaman pasion de ánimo, y aun por eso pienso yo que se parece tanto á la Dolorosa que sale de la catedral los dias de Pasion.

CANON. Hora, hija Rufina, menester es que sériamente hablemos. Torna á tu tarea, Melchorico, que volverá maese Andrade y no es bien que holgando te halle.

MELCH. Mal año para mí si tal aconteciera, que salió de casa más furioso que toro alanceado al ver que era dada la hora de comenzar la vela y que Lope de Rueda no parescia.

RUF. Háse enojado mi tio con Lope?

MELCH. Pues estando aquí no lo has oido? Salió jurando y perjurando que esta no se la pasa, y que en la misma noche que corre le ajusta la cuenta y le planta en la calle.

RUF. Vuesa merced intercederá por él, señor padrino.

CANON. Sí que haré, que en extremo me ha aficionado el singular ingenio de ese mozo; mas tengo para mí qué ha de servirle de poco mi intercesion, segun la frecuencia con que suele displacer á tu tio.

RUF. Dado es á estas escapadas en las noches de vela, que sólo á esta hora puede verse con un su amigo, paje del señor arzobispo, que es quien le presta los libros que estudia en sus ratos de ocio; pero aun así no sale perdidoso mi tio con el tiempo que al trabajo roba, que más hace él en diez minutos que empuñe el mazo ó al crisol atienda, que el más afamado oficial en vela y jornada.

MELCH. Y añade, Rufina, que es la alegría del taller y aun de la casa toda, y que hombre contento trabaja por ciento.

CANON. Si tan honesto fin como es el estudio, de la tarea le desvia, menester será que maese Andrade se desenoje y le vuelva á su gracia.

MELCH. Y no sino que no lo haga! Que si le despide, sin oficiales y aun sin aprendices se queda, que lo que de él sea será de nosotros todos.

CANON. Extraño afecto le habeis cobrado!

RUF. Merécelo por extremo; que á unos enseña lo que sabe; á otros alegra con sus decires, y á todos divierte y consuela.

CANON. Siendo así, mayor obligacion me corre de ampararlo, que acciones son esas muy cristianas, y más propias de hombre que religion profesa, que de un pobre batidor de oro.

RUF. Por la merced que de la vuestra ese oficial recibe, os vivirán reconocidos todos los de casa; mas apresúrese en desenojar al tio, no le ponga al volver cara de palo.

MELCH. De palo y aún de garrote tiénela en casos tales el maestro; pero ya Lope vendrá prevenido con alguna invencion de las que suele para desarrugarle aquel ceño de Gerónimo en cuaresma, que Mencigüela ha salido á prevenirle de todo el caso.

- CANON. Á estas horas anda Mencigüela por la calle?
- MELCH. No hayas miedo que la rapaza se pierda tratando en servir á su padrecico, como apellida al bueno de Lope.
- CANON. Quiérela, pues, la gitanilla á la par de vosotros?
- RUF. Y no hace en quererlo más de lo que debe. Abandonada de sus padres, topóla años há mendigando en la romería del Rocío, y atento sólo á los impulsos de su ánima tómolala en brazos y trájosela consigo teniéndola en lugar de hija, hasta que mayorcica entró á servirme á fin de que yo la instruyera en todo lo que saber debe una honrada mujer.
- CANON. No se hable más en ello, que á mi cargo lo tomo, aunque haya de reñir descomunal batalla con maese Andrade. Y torna á tu trabajo, Melchorico, no tenga que romper otra lanza por tí.
- MELCH. Al trabajo me vuelvo; mas no olvide vuesa merced con mi ausencia el sermon que á echar iba á Rufina.
- CANON. Vé descuidado.
- MELCH. (Á Rufina.) No valen señas. Ó cantas de plano lo que te atribula ó torno á machacar. Mi oficio es dar golpes con el mazo... (Se retira al fondo derecha.)
- CANON. Él tiene mucho de simple; pero de niños y de bobos es el decir verdades. Pasión de ánimo te aqueja, hija Rufina, y no es de buenos cristianos el entregarse á la tristeza, que ese es modo de buscar la propia muerte, gran pecado entre los mayores que cometerse pueden. ¿Tiénete así el convenio que sobre casarte ha movido tu tío con el licenciado Brihuega?
- RUF. Tratar me en casar es tratar me en morir, padrino.
- CANON. No es un gentil mancebo el licenciado, que juntos, si bien se me acuerda, cursamos cánones en Osuna, y más está para pensar en la salvación de su ánima que para andarse en tratos de casamiento. Hélo así manifestado á tu tío y tutor; pero la gran riqueza del Brihuega le tiene fuera de sí, tanto más cuanto que abrasado de amoroso el pobre licenciado le promete, que si tu mano consigue, en ningún tiempo le exigirá cuentas

de lo poco ó mucho que tus padres al morir te dejaron.

RUF. Padrino, yo no quiero casarme.

CANON. Dirás que no quieres ser esposa del licenciado.

RUF. Ni de ese ni de otro alguno.

CANON. No querer casamiento una moza de tus años! Hija, hija, ó en ello hay algo más de lo que dices ó nada me enseñó el confesonario de lo que son mujeres.

RUF. Dícese en el tribunal de la penitencia las culpas propias. No me pregunte en esto, que ajenos pecados estoy purgando.

CANON. Cuando te echaron el agua del bautismo contraje la obligacion de ponerme en el lugar de tu padre. Hélo procurado en todo cumplir ya enseñándote la cristiana doctrina, ya procurando para tí aquel bien que he podido. ¿Si en lugar de padre me tienes, por qué recatas de mí cosa alguna?

RUF. Porque esa que vuesa merced saber pretende, ni á mi padre mesmo la diria si por dicha me viviera.

CANON. Conózcode y más no insisto. ¿Puedo hacer algo por tí?

RUF. Puede vuesa merced desbaratar el convenio que sobre casarme ha movido mi tio con el licenciado Brihuega.

CANON. Sin conocimiento tuyo cien veces intentado lo llevo; pero el demonio de la codicia se aposenta en el ánimo de tu tio, y no soy exorcista bastante á arrojarle de ella.

ESCENA II.

DICHOS, MAESE ANDRADE.

Melchor baja al primer término, á poco de salir el maestro por la puerta de la derecha fuera de sí y ciego de cólera.

AND. Es tornado (Dentro.) ese galeote, perdicion de talleres, (Ya en la escena.) y ruina de casas honradas?

CANON. Colérico viene maese Andrade.

- AND. Buenas y santa noches, señor Canónigo. (Reparando en él y procurando dominarse)
- CANON. Buenas nos las dé Dios, y déselas mejores á ese contra quien tales injurias profiere.
- AND. Parécele que no es motivo de decirlas el ser la hora que es, y no haber acudido á su obligacion ese rufian callejero que llaman Lope de Rueda?
- CANON. Y paréscele á él cristiana cosa prorumpir en improprios tales, contra quien es su prójimo?
- AND. Aquí no hay más prójimo, sino echar de mi casa al ladron que así me roba la soldada que le doy.
- CANON. Caridad, maese Andrade, caridad!
- AND. De ella tendré que vivir pidiendo de puerta en puerta, sino pongo remedio en lo que en mi casa sucede.
- RUF. (Padrino!... (Con rapidez y en tono suplicante.)
- MELCH. Señor Canónigo...
- CANON. Hora bien, maestro, perdone á ese oficial por respeto mio.
- AND. ¿Qué es perdonar? Mañana debia quedar entregado el pan de oro, que para el retablo de San Miguel se necesita: entregar obra y tomar dineros, es con aquella fábrica la cosa mesma; y por la falta de ese hijo de mala madre retrasase el trabajo y con él el cobro, y pierdo el crédito que con los marchantes tengo! Hé yo de perdonar á quien causa que fuera de mi bolsa estén un dia entero, más ducados que él y toda su casta maldita valen en buena feria? Á la calle ha de ir, aunque en lo contrario se empeñe todo el cabildo catedral y su ilustrísima, y el mesmo Padre Santo de Roma!
- RUF. Pero, tío!...
- CANON. Pero, maese Andrade!...
- MELCH. Pero, señor maestro!...
- AND. Hélo buscado en car de Francos, en la Sierpe, en Gradas, en todos los lugares que frecuenta la gente holgona como él, sin lograr echármelo á la cara. ¿Son mis oficiales, liebres y soy yo, su maestro, galgo, para andar olfateando donde paran y corriendo tras ellos? No en mis

días! Á la calle, el que para callejear es apropiado;
¡á la calle!

ESCENA III.

DICHOS, MENCIGÜELA, puerta derecha.

MENC. Alto, patron! Si eso lo dice por mí, un pie tengo en ella y otro en la casa. (Desde el umbral.)

AND. También tú estabas fuera? Es decir, que aquí todo el mundo entra y sale á su placer! ¿De dónde eres venida, mala hembra, hija de una bruja y un zángano, jitana hereje, que así tienes los hechos como el linaje!

MENC. No tomes enfado conmigo, matita de albahaca, capullo de rosa rellena; que si he salido, no fué á zangorotear por ahí mi cuerpo, sino á mercar hilo y agujas con que te zurza la capa ese ramo de azucenas y claveles que tienes por sobrina. (Ya Lope queda avisado.) (Á Melchor.)

AND. Y es bien, que á la hora esta ande fuera de casa un renacuajo como tú? (Melchor ha comunicado con Rufina, y esta con el Canónigo.)

MENC. Y sería lo que mañana salieras á la calle con la capa agujereada para que se rieran de tí, tantas como se paran á mirar el garbo y gentileza de tu persona? No hayas temor de que eso acontezca, mientras que te viva esta tu enamorada! (Á Rufina que se le acerca.) (Dice mi padre que presto vendrá, y lo arreglará todo.)

AND. Basta de retóricas, zurron de malignidades!

MENC. Pues ya no digo, esta boca es mia, búcaro de flores!

AND. Hola! Á la faena todos! Qué cuando vuelva ese cuatrero, hijo de otro que tal, aprenda que podemos pasarnos sin su ayuda. Un mazo, Melchor, un mazo! (Tira la capa y se arremanga.)

MELCH. (Con él te daría yo en la mollera.) Aquí está, nostramo, aquí está.

ESCENA IV.

DICHOS, LOPE, disfrazado.

Lope aparece envuelto en una ancha capa, y con una gran barba rubia, que cubra la suya negra, sombrero á la flamenca muy echado á la cara, y haciéndose el borracho á favor de lo que disfraza la voz.

LOPE. Á la paz de Dios, mis dueños. (En la puerta derecha.)

AND. Quien se entra por ahí?

LOPE. Un valiente, un valiente con más agallas que una corbina.—He dicho algo?

AND. Déjese de valentías, y diga que se le ofrece.

LOPE. Qué se me ofrece? Aguarde que lo recapacite.

MENC. (Es Lope disfrazado! (Á Rufina y el Canónigo.)

CANON. y RUF. Cómo?

MENC. Traza suya será.)

AND. Acabe, que el tiempo nos hace más falta de lo que se piensa!

LOPE. Alto, alto; que no se ganó Zamora en una hora.—¿Qué se me ofrece? Ya di en ello.—Es este un taller de bati-dor de oro, ú bati-hoja ó como se diga?

AND. No lo está mirando?

LOPE. Perdone, hermano, que traigo la vista un poco turbia.

CANON. No será de beber agua. (Sonriéndose.)

LOPE. No! agua no, que cria ranas. Vino, si se empena la compañía, tomaré un sorbito por agradarte. (Á Andrade tocándole en la cara.)

AND. Basta, y diga lo que se le ofrece.

LOPE. Es verdad, que aun no lo he dicho. Desde aquel día en que maté los ocho hombres en Flandes, y sus compañeros por vengarlos desplomaron sobre mi cabeza la campana gorda de la torre, á cuya sombra me tendí á descansar, ando un si es no es desmemoriado. Perdone la compañía y perdona tú... ó no perdona, que lo mismo me dá.—¿Vive aquí un vejete que llaman maese Andrade?

AND. Ahora verás el vejete, don borracho! (Enarbolando el mazo.)

TODOS. Maestro! (Sujetándole.)

LOPE. Dejaldo venir, dejaldo venir; que Dios me perdonará la tercer muerte que hago esta noche.

AND. La tercera? (Retrocediendo.)

MELCH. Sopla! (Asustado.)

LOPE. En sacando yo la de Toledo, ya hay doble general en Sevilla y sus arrabales.—Pues como iba diciendo: yo soy Antonio el matachin; por mal nombre Santolio, porque adonde va Antoñico, vá con él la extremauncion.—Limpiate bien los anteojos para mirarme á la cara, y verás que es verdad lo que digo.

MENC. (Padrecico! (Que ha pasado á su lado.)

LOPE. Calla! Conque vive ó no vive ese vejete?

AND. Aquí vive ¿qué quiere de él?

LOPE. Nada; hombre, nada. Por qué tartamudeas? Estás borracho?

AND. Yo borracho!

LOPE. Y lo niega! Sean usarcedes testigos de que dice que no está borracho cuando no hace más que dar vueltas en derredor de mí.—Dónde tienes el vino?

AND. Pero no dirá á qué viene?

LOPE. Ah! sí. Á traer á ese maese Andrade la última voluntad de un difunto.

AND. De un difunto?

RUF. (Adónde irá á parar?) (Al Canónigo.)

LOPE. Pues pasaba yo un rato há por Gradás,—estás tú, viejo? —y como esta noche hay terremoto y todo se bambolea, huhe de dar una camballada y tropezar con un hombre que á la sazón hácia mí venia.—«Vea por dónde va el muy bellaco» me dijo.—Ya ves tú, bellaco á mí! Ya tú me conoces. (Al maestro.)—«Yo voy por donde no va hombre nascido,» le dije; y me dice: «Pues todos somos hijos de Adrian y Esteban.»

CANON. De Adan y Eva, diria. (Regocijado.)

LOPE. Para mí lo mismo es.—Dígole: «tú serás hijo de esos que

dices y aun de padres peores, que yo he nacido hijo-dalgo, y en prueba de lo que afirmo te voy á degollar como á un cordero.»—Sacó el hombre su herramienta y púsose así: púseme yo de laquesta otra manera: tiró-me el tajo número seis; parélo en cuarta y contesté con el revés quinto: descubrióse, vilo, y entrándome uñas abajo, metile esta hasta la tasa por medio de los pechos.—«Confesion,» gritó al caer.—«Á la puerta de la catedral estamos, contestéle llamando, no hayas temor de perder tu ánima.»—«Perderéla si maese Andrade no me perdona las faltas que contra él cometidas tengo.»—¿Quién es ese y dónde vive? le pregunté. Díjomelo, acusó un confesor, eché á correr hácia acá y héme aquí dispuesto á despachar á otro si hay quien ose toser delante de Antoñico.—¿Dije algo?

MELCH. ¡Y el herido se llamaba Lope de Rueda?

LOPE. Quién te lo ha dicho?

MELCH. Ay, que Lope es muerto!

AND. Lope de mi ánima!

MENC. Corre, corre, Melchor!

MELCH. Todo soy piernas! (Váse)

ESCENA V.

DICHOS menos MELCHOR.

AND. Conque ese pobre Lope de Rueda, el mejor oficial de mi casa, el más honrado y más trabajador es muerto, y él sin ventura no lleva al otro mundo mas remordimiento que el de haberme ofendido? Que Dios le haya perdonado como yo le perdono cuanto en mi daño ha hecho!

LOPE. Sí? Pues que Dios se lo pague á vuesa merced, señor maestro. (Tirando el sombrero, las barbas y la capa y cogiendo un mazo en actitud de ponerse á trabajar.)

AND. Lope! Cómo, bellaco? Hora me las pagarás todas juntas!

LOPE. Ya es tarde, maestro, ya es tarde. Al buey por el asta y al hombre por la palabra.

- AND. Vo te daré astas y palabras!
- TODOS. Maestro!
- RUF. Tío!
- CANON. Maese Andrade! Vea que lo prometido es deuda, y que está en presencia mía.
- AND. La deuda que aqui haya, ha de cobrarla el mazo de batar.
- MENC. (Pero no ves, sol de los soles, que si Lope de Rueda se marcha, San Miguel no tendrá mañana pan de oro ni tú los ducados ofrecidos?) (Sujetándole el brazo.)
- AND. Hijo Lope, anda á tu faena y dá gracias al señor Canónigo, que por su respeto no tomo en cuenta tus burlas.
- LOPE. Hartas obligaciones tengo contraidas con el señor Canónigo Machiado, para que ni aun intente pagar esta nueva que le debo. (Acercándose muy cortesmente.)
- CANON. Más que pagado estoy con el placer que con vuestro disfraz me habeis procurado. ¡Lástima grande que el feliz ingenio que en estas invenciones mostrais, principio y acabe entre las cuatro paredes de este taller, y no sirva, como debiera, de regocijo á la muchedumbre. Tal vez no acercaban tanto la ficcion á la verdad aquellos famosos romanos que interpretaban en el teatro las comedias, no ménos famosas, de Plauto y Terencio; tal vez les excedeis en mucho, puesto que Melchor, vuestro compañero, y el mismo maese Andrade os han desconocido; tal vez Dios ha puesto en vos, Rueda amigo, las condiciones necesarias para un arte por nosotros ignorado; pero que fué otro tiempo las delicias de Grecia y Roma!
- LOPE. Señor Canónigo... (Si dijera verdad!!...) (Del fondo del alma y con gran ansiedad.)
- CANON. Volved á vuestra tarea, hijo, que con más espacio hemos de platicar en esto; y aun piénsome que algunos libros viejos, que he de poner en vuestras manos, despertarán en vos ideas que ya bullen aquí, (En su frente.) y que han de haceros tomar distinto rumbo del que

hasta ahora seguido habeis. Id. (Señalándole el puesto del trabajo.)

MENC. (Padrecico?... (Lope, que baja la cabeza respetuosamente, y se dirige á su piedra, es detenido por Mencigüela, sumamente conmovida.)

LOPE. Qué quieres?

MENC. Dame la mano.

LOPE. Para qué?

MENC. Para besártela.)

CANON. Trate vuesa merced con más mesura á ese oficial, que acaso llegue á ser un hombre que honre á nuestra patria.

AND. (Con cierto desprecio.) Ya hablaremos de eso por el camino, que si he suplicado á vuesa merced que viniera esta noche á honrar mi casa, sólo ha sido con el deseo de que me acompañara, como padrino de Rufina, á la del licenciado Brihuega, á fin de que presencie la terminacion del convenio que con él he movido para su boda. (Durante estas palabras habrá encendido su linterna:) ¿Quiere vuesa merced hacerme la de venir conmigo?

CANON. Vamos. Y tú, hija Rufina, no te apesadumbres, que aun no te han echado las bendiciones.

AND. Délas por echadas. (Severamente.)

CANON. Á Dios que os guarde.

AND. Presto torno.

RUF. Vayan con Dios sus mercedes.

MENC. Vaya con Dios el salero del mundo. (Haciendo una caroca en la puerta á Maese Andrade, despues de besar la mano al Canónigo.)

ESCENA VI.

LOPE, RUFINA, MENCIGÜELA.

LOPE. (Viéndola dejarse caer en una silla.) Rufina!

RUF. (Sollozando.) Lope!

LOPE. (Yendo hácia ella con ansiedad.) Rufina, ¿qué es eso de tu

boda con el licenciado Brihuega?

RUF. Avaricias de mi tío.

MENC. Si yo no me equivoco! Si no hay descendiente de los que crucificaron á Cristo más tacaño que ese viejo!

LOPE. Pero tú no te prestarás á sus ruines propósitos!

RUF. Yo, Lope, nascí obedeciendo, y no he aprendido á resistir.

MENC. Qué, madrecica? Consentirás en ser esposa de ese esporton de huesos; de ese rocin con huérfago que llaman el licenciado Brihuega, más viejo que Matusalen y más feo que Picio? Sandeces estás diciendo que sientan mal en tu boquita de granada entreabierta.--No temas, Lope, no nos peinamos nosotras para estafermos de su fecha y de esa facha.

LOPE. Pero, Rufina, has pensado en lo que dices? Tú, jóven y hermosa; tú, llena de ingenio y poesía, vas á juntarte para siempre con ese viejo enfermizo y repugnante, gruñon y malévolo? Eso seria unir el invierno con la primavera; la flor con el gusano; la luz brillante y clara con las tinieblas densas y palpables.

RUF. Como tú me lo pienso, Lope amigo; pero mi voluntad está enferma como mi ánima toda, y no puede engendrarse en ella energía bastante á contrarestar la de mi tío.

MENC. Y va ese viejo avaro, más malo que grama en viñedo y más gruñon que marrana de lagar, á labrar tu desdicha eterna?—¡Hija nascí de jitanos viandantes allá en la Serranía de Ronda, en medio de gentes que hacen lo que más les place, porque viven libres como el aire que respiran, y saben romper á puñaladas el corazon del que su libertad coarta: vine á esta casa y hánme amansado tu afecto y los consejos de Lope: regáñeme tu tío cuanto bien le plazca, que por un oído me entran sus regaños y por el otro me salen; zúrreme si se le antoja, que tengo cariño al pan que como, y por gratitud de mi sangre me olvido; pero no me toquen á mi madre-cica, que me acordaré de que soy gitana bravía!

LOPE. Calla, muchacha, calla, que no es esta ocasion de protestar afectos, sino de prestar fuerzas á una flaca voluntad.

MENC. Es que tengo á Rufina metida en las entretelas de mi corazon!

LOPE. Rufina, desde que te conozco me he puesto en el lugar del hermano que no tienes, y piénsome que algun derecho me asiste para ser parte en todo lo que á tu dicha ó tu desdicha atañe. Cuando entré á trabajar en este taller, y te ví ahí sentada como sueles, abstraída de cuanto te rodea, en tan lastimosa actitud, que más que mujer de carne y hueso, pareces la estatua del dolor, comencé á sentir hácia tí este afecto puro que hoy te profeso y que siempre me inspira la desventura; y todo mi ingenio se empleó en buscar manera de divertir tus melancolías, y sacarte á puerto de ese golfo de llanto en que naufragas.

RUF. Y lograste tu caritativo intento, que los solos instantes de solaz que de muchos años acá he gozado, debidos son á tu ingenio, á cuyo soplo huyen las penas del ánimo como al del viento los nublados que el cielo oscurecen. (Lope se exalta.)

LOPE. ¡Conque yo puedo consolar á los que padescen, y sirvo para algo que no sea un mecánico oficio!

RUF. En mí tienes la prueba viva.

LOPE. Contento con aliviar tus pesares, (Reponiéndose.) nunca te he preguntado á qué causa son debidos; que médico del corazon, conocida la dolencia, más que á investigar su origen á aplicarla el remedio oportuno atendia; pero hoy que miro que por tu flaqueza el mal va á cobrar nuevos brios y á hacer imposible toda cura, con el derecho que como hermano del ánimo me asiste, vengo á preguntarte: ¿Rufina, qué pasa por dentro de tí; qué pena corroe tus entrañas, que así dejas que de tu dicha se disponga, y asistes indiferente al espectáculo de un sacrificio, en que tú eres la víctima?

RUF. Lope, yo no quiero casarme ni con ese ni con otro

hombre alguno. Si tuviera una dicha que defender, una esperanza que preservar, por ellas lucharía; pero ¡ay de mí! yo no tengo esperanzas ni dichas, y la lucha sería inútil, que ni la boda tratada ni otra cosa alguna pueden aumentar mis pesares.

LOPE. Estás enamorada y mal correspondida!

RUF. Soy la sepultura de un ánima muerta.

LOPE. Hermana, el ánima, emanación de Dios, es como Dios inmortal!

MENC. El mal de amor es como la mancha de la mora, que con otra verde se quita. (Mucha rapidez.)

LOPE. Si como cristiana tienes fe y caridad, dejar no puedes de tener esperanza. (Gran energía.)

RUF. Al otro mundo pensaba llevar conmigo este secreto; pero tus palabras son la piqueta que rompe la losa que sobre él echado había.—Al salir de la adolescencia tropecé con un hombre que murmuró en mi oído honestas pláticas de amores: quíselo como en la Gloria deben quererse unos ángeles á otros: hablóme de matrimonio, y yo le creí, porque le juzgaba hijo del Cielo como la verdad misma; y le creí, no obstante, ser el segundón de casa grande y yo humilde menestral. Mucho tiempo transcurrido fué del modo que te digo en coloquios á la reja, tan dulces como peligrosos, hasta que un día aquel pérfido enemigo, olvidado de quién era y de quién era yo, quiso burlarme y triunfar de mi honestidad, y entónces, acordada de cuya nascí hija, dile un adiós eterno; que tuve en ménos la vida que con él se me iba, que la honra que de mis padres me vino!

MENC. Y ese hombre, que mala lanzada de hereje derribe muerto, despedido ú olvidadizo marchóse á Flandes á guerrear; y si más señas de él quisieres, llámase don Félix de Avendaño.

RUF. ¿Cómo sabes lo que á nadie he dicho en la tierra?

MENC. Mientras que tú duermes, la astucia y el afecto gitanos velan en tu alcoba. Si deseas que nadie penetre tus pensamientos, no tengas á tu lado cuando duermas

- quien te quiera como te quiero yo!
- LOPE. Y aun lloras el desamor de ese hombre?
- RUF. No tan mezquina me juzgues. Lloro mi amor perdido, no la falta del indigno objeto en que lo puse.
- LOPE. Rufina, Rufina; de enfermos por el dolor desesperados, es el creer que sus males no tienen remedio: tú no ves nada más allá de las tinieblas que te rodean, tras de las cuales miro yo sonreír la aurora en el Oriente. Si creyendo muerta para siempre tu esperanza, no temes contraer lazos eternos que han de serte odiosos, yo que sé que la esperanza en la juventud es el fénix, que renace de sus cenizas, no puedo consentir que los contraigas.
- RUF. Y qué harás si yo no me opongo á contraerlos?
- LOPE. Desatarlos con la astucia ó romperlos con la violencia. —Yo no tengo padre ni madre, ni más familia que tú y Mencigüela; por vosotras me siento capaz de todo, aun á pesar de vosotras mismas.
- RUF. ¿Y cómo vencer la avaricia de mi tío?
- LOPE. No sé cómo; pero sé que he de vencerla!
- MENC. Cuándo veré yo á ese viejo con el hábito de fraile, que para que le sirva de mortaja tiene en su estancia prevenido, y que tantos sustos me lleva costados!

ESCENA VII.

DICHOS, MELCHOR, quo sale desfavorido por la puerta de la derecha.

- MELCH. Ay, loado sea Dios.—Lope, amigo!
- MENC. No hayas miedo, que es el mismo en persona y no ánima del purgatorio.
- MELCH. No es ese mi susto, que ya sé por el Canónigo y maese Andrade, á quienes en el camino he tropezado, que todo ello fué paso de burlas. No ánimas del purgatorio temo, sino hombres de carne y hueso, que pisándome los talones vienen.
- LOPE y RUF. Cómo?
- MELCH. Como al entrar en esta calle he topado un soldadote de

estos de Flandes, acompañado de otros seis ó siete de su calaña, que tras de preguntarme si asistía en el taller, me ha ofrecido diez doblones, si una entrevista á solas con Rufina le procuraba, ó desorejarme como á ladrón de caminos, si en tan ruin negocio á su placer no le servía.

- RUF. Entrevista conmigo?
LOPE. Y qué le has contestado?
MELCH. Calló la lengua; pero hablaron los talones.
LOPE. Vienes, pues, perseguido?
MELCH. De lejos; que ellos no corrian, aunque andaban más que á paso.
LOPE. Y te han visto entrar aquí?
MELCH. Sin duda alguna.
RUF. Pero quién es?
MENC. Qué señas tiene?
LOPE. No hace al caso inquirirlo. Retiraos todos; que si ese hombre entra en casa, menester será que yo sepa su nombre y sus intentos, que no deben pecar de honrados por la muestra.
RUF. Pero, Lope...
MENC. Pero, padrecico!...
LOPE. No hay más, pero si no es obedecer; que este parece caso tocante á la honra de Rufina, y fuerza es que averiguado quede. Idos pronto, que siento pasos en la calle. (Váanse ellas.)
MELCH. Mira por tí, Lope amigo, que tambien como yo tienes orejas.
LOPE. (Sonriendo.) Ve descuidalo, que no ha de hacerme mayor mal del que yo hice á aquellos ocho que despaché en Flandes. (Poniéndose al trabajo.)

ESCENA VIII.

LOPE, D. FELIX de AVENDAÑO.

AVEND. Ah de casa!

LOPE. No hay pozo en ella. Entre, señor soldado.

- AVEND. Más alto pico. (En la puerta.)
- LOPE. Pase el señor sargento. (Sin dejar el trabajo.)
- AVEND. Nunca llevé arcabuz ni pica.
- LOPE. Adelante mi alferéz. (Dejando de trabajar.)
- AVEND. Otro lleva mi bandera.
- LOPE. Pues, mi capitán, no se detenga, ó ¡vive Dios! que le haga cuartel-maestre. (Dejando la herramienta.)
- AVEND. Humor gasta. (Adelantándose.)
- LOPE. No tengo otra cosa.
- AVEND. Yo sí, y puedo darle.
- LOPE. No siendo cintarazos...
- AVEND. Doblores digo.
- LOPE. Doblores dice?... Topado há el hombre que busca.
- AVEND. Cincuenta hay en esta bolsa.
- LOPE. Basta la palabra. Quién es el muerto?
- AVEND. Pláceme que sea hombre tan arriscado; pero trátase más fácil negocio.
- LOPE. Hablando se entiende la gente, mi capitán.
- AVEND. Qué es él en esta casa?
- LOPE. Oficial mayor del taller.
- AVEND. (Desconfiado.) Y siéndolo vive á lo valiente y no le importa despachar á uno, si bien lo pagan?
- LOPE. En los tiempos que corren no basta un solo arte para vivir honradamente, y como la ociosidad es madre de todos los vicios, cuando no bato oro en el taller ocúpome en batir el cobre por esas calles.
- AVEND. Toca. (Alargándole la mano.)
- LOPE. Pero...
- AVEND. Toca digo.
- LOPE. Sea.
- AVEND. Trato hecho?
- LOPE. Qué trato?
- AVEND. Los cincuenta doblones son tuyos y tú eres mío.
- LOPE. Á espacio, mi capitán, á espacio. Cincuenta doblones son poca cosa para comprar el oro que hay en casa.
- AVEND. Me tomas por un ladrón, villano?
- LOPE. Parecéismelo: perdonad si no lo sois.

AVEND. Has oído hablar de don Felix de Avendaño?

LOPE. Uno que está en Flandes? (Ligero movimiento.)

AVEND. El mismo.

LOPE. Y quién no ha oído hablar del burlador de Sevilla? No le conozco; pero la relación de sus aventuras, que todos cuentan, me ha hecho gran aficionado suyo.

AVEND. Es merced que agradezco.

LOPE. (Este es!) Sois, pues, don Felix?

AVEND. Que ayer tornó de Flandes para regocijo de las sevillanas...

LOPE. Y tormento de los sevillanos. Perdona vuesañoría si no le he hablado con la debida medida. ¿Qué quiere de mí?

AVEND. En esta casa mora una mujer llamada Rufina.

LOPE. Bocado de príncipe!

AVEND. Antes de partirme á Flandes, tuve amores con ella; y cuando creía llegar al dichoso término que anhelaba, despídióme muy á lo señora.

LOPE. Sí, eh?

AVEND. No pude tomar la dulce venganza, al ultraje debida, por la presteza que la marcha demandaba; mas hoy que torno á mi tierra, merced á un acontecimiento, no diré si venturoso ó triste, no quiero que pase un día sin burlar á la única hembra por quien burlado he sido, que este es para mí punto de honra.

LOPE. Vuesañoría no estima á Rufina en lo que vale.

AVEND. Cómo? Te opones á secundar mis deseos?

LOPE. Digo... que vuesañoría no aprecia á esa moza en su justo valor, al tratar de comprármela en cincuenta doblones. En ciento, es de balde.

AVEND. Otros cincuenta tendrás cuando en mi poder tenga á Rufina.

LOPE. ¿Quereis, pues, robarla? (Conteniéndose á duras penas.)

AVEND. Claro está. (Mucha frialdad.)

LOPE. (Ah! Si pudiera matar dos pájaros de una pedrada!...) (Haciendo que piensa cómo robarla, pero meditando su plan que se le ocurre de repente.) Manos á la obra.

AVEND. Cómo?

LOPE. Cómo... no os atañe: esa es cuenta mía.

AVEND. Habla.

LOPE. Tome vueseñoría esta llave, (La descuelga de un clavo.) que es la de la puerta falsa de casa, que da entrada al huerto que ve, y está al volver de la esquina: llegue delante de ella, pasada que sea media hora; y dando tres palmadas, ábrala, y éntre si otras tres le contestan, y espere si no. (Bajando mucho la voz y mirando á todas partes.) Una vez aquí... topará con un fraile mercenario; cójalo de la mano, y váyase con él por donde entró, hasta el coche, que prevenido tendrá; y estando dentro ambos, que el mayoral reviente los rocines, hasta llegar por lo ménos á Alcalá de Guadaira.

AVEND. Es decir, que ese fraile será ella?

LOPE. Claro está; pero vos no sereis vos.

AVEND. Cómo?

LOPE. Como que voy á hacerla creer que su raptor es cierto amante que hora tiene, y que se arroja á esto noticioso de que mañana la casa su tío con el licenciado Brihuega, lo cual, dicho sea de paso, es la verdad.

AVEND. Pláceme; que lo de estar para casarse y creer que con otro huye, salsa, y sabrosísima, es al plato de mi gusto.

LOPE. Recatad la cara con el embozo, y no habéis hasta veros bien lejos de Sevilla, no os conozca y grite.

AVEND. Harélo como lo piensas. Mas por qué disfrazarla á ella?

LOPE. Es harto conocida en Sevilla, y hora ha mandado el Asistente, que los guardas de las puertas registren todo coche que salga. Cuando abran la portezuela, y caten que va fraile dentro, no harán sino descubrirse y desear buen viaje á su paternidad.

AVEND. Eres mozo de provecho.

LOPE. Mozo, sí: en cuanto al provecho, esperanzado estoy en que de vueseñoría ha de venirme.

AVEND. Aquí comienzo tiene. (Dale la bolsa.)

LOPE. Y la otra mitad?

AVEND. Palabra de caballero, que la tendrás en el mismo punto que cumplas lo prometido.

LOPE. Que me place. Vaya vueseñoría por el coche, y cuide bien que el fraile no le conozca.

AVEND. Adios.

LOPE. Adios.

AVEND. Soberbia burla! (Váse.)

LOPE. Sí, sí, soberbia.—Más soberbia de lo que tú te imaginas, y digna si por entero á cabo la llevo del ingenio de Lope de Rueda.—Mencigüela, Melchor, Rufina, compañeros! (Llamando.)

ESCENA IX.

LOPE, MENCIGÜELA, MELCHOR, OFICIALES, el CANÓNIGO, y MAESE

ANDRADE dentro.

MENC. Qué es ello?

MELCH. Qué sucede?

LOPE. Y Rufina?

MENC. En su cuadra embobada en contemplar la luna.—Héla de llamar?

LOPE. No.—Qué me miras? (Á Melchor, que dá vueltas á su alrededor.)

MELCH. Inquiero si llevas las orejas en el lugar que sueles.

LOPE. Bobo que nasciste!—Llámoos para deciros que intentan robarnos á Rufina. (Bajo.)

MENC. Quién?

OFICS. Cómo?

MELCH. Habla.

LOPE. Su tío, casándola por fuerza, ó un hombre con quien de hablar acabo, que por fuerza tambien pretende hacer de ella su dama.

TODOS. Oh!...

LOPE. Puedo contar con vosotros para desbaratar estos inicuos planes? (En medio de todos y con poca voz.)

TODOS. Sí.

CAN. (Dentro.) Buenas y santas noches.

- AND. (Id.) Alumbraréle hasta doblar la esquina.
- MELCH. El maestro! (Cada cual se dirige á su puesto, moviendo cuanto ruido puede con las herramientas.)
- LOPE. Al trabajo.
- CAN. Sea. (Dentro.)
- AND. (Asomándose por la puerta, linterna en mano.) Ansí, ansí me place! Seguid, hijos; seguid con fe, que presto torno. (Váse.)
- LOPE. Vaya vuesamerced descuidado. (Todos tiran las herramientas, y rodean á Lope.)—¿Y si por salvarla, preciso fuera dejar á Sevilla, y correr mundo, de ciudad en ciudad, y de aldea en aldea, vacilariais en seguirme y seguirla?
- TODOS. No.
- LOPE. Sois mis dignos compañeros. Batis el oro, pero de oro teneis el corazon.
- MELCH. Lope, donde tú mueras todos hemos de morir.
- LOPE. Gracias.
- MENC. Qué intentas?
- LOPE. No es del caso.—Dime, ¿el hábito que en su alcoba tiene colgado maese Andrade, para que de mortaja le sirva, es de la Merced?
- MENC. Sí.
- LOPE. Pues pronto va á logrársete el gusto de vérselo puesto.
- MENC. ¿Tratas en matarle?
- LOPE. En matarle, no; más sí en que alguien que conozco le arrime esta noche mesma una gentil paliza.
- MELCH. Que viene! (Todos vuelven á tomar las herramientas, y se repite el juego de ántes.)
- LOPE. Chist!

ESCENA X.

DICHOS, MAESE ANDRADE, RUFINA.

- AND. Bien, hijos, bien; ansí os quiero. San Miguel, que es quien va á disfrutar el pan de oro que labrais, os lo pagará en el otro mundo, cuando vuestras ánimas caigan

en el platillo de su peso.—Rufina? (Llamándola desde la primera puerta de la izquierda.)

MENC. Rufina, que te llama el sol de los soles.

RUF. (Dentro.) Allá voy, tío.

LOPE. (Sí, sí; así la salvo, y así á mi gran empresa doy glorioso comienzo.) (Sale Rufina.)

RUF. Qué me manda vuesa merced?

AND. Acércate, hija; y tú, muchacha, anda á aparejarme la cena.

MENC. Pechugas de ave fenix diérate yo á comer á estar en mi mano. (Si el gazpacho se le volviera soliman...) (Vásc.)

ESCENA XI.

ANDRADE, RUFINA, LOPE trabajando.

AND. Dame albricias, hija Rufina, que portador soy de gratas nuevas.

RUF. (Gozosa.) Háse vuelto atrás de su palabra el señor licenciado?

AND. Háse afirmado en ella, y te da en arras dos mil pesos peruleros, en esta ciudad ensayados! (Radiante de alegría.)

RUF. Vuesa merced tiene sabido cuánto me desplacen esos sus tratos.

AND. Ya están terminados.

RUF. ¡Terminados?

AND. Tanto que mañana es el día de la boda.

RUF. Mañana?

LOPE. ¿Mañana! (Levantando el mazo, indignado, como para descargar un golpe sobre él.)

AND. Qué dices tú?

LOPE. Nada; que mañana tendrá San Miguel lo que há menester. (Y á tí te llevarán los diablos.)

AND. Así, hijo, así; piensa en el santo y anda á la tarea.

LOPE. Ayúdame á lograr mi intento, arcángel bendito!

AND. Él te oiga!

RUF. (Mañana!)

AND. Y tú, Rufina, preven galas y joyas; que las que al desposar vistió tu madre, que en gloria esté, encerradas guardo en el arcon de la sala, y tuyas son, y bien es que las luzcas en honra de tu marido. (Dándole unas llaves.)

RUF. Pero tio!

AND. No hay más tio sino es callar y obedecer, ó ¡vive Dios! que haré algun desafuero.—Vete. (Colérico.)

RUF. (Mañana!) (Lope vuelve á levantar el mazo y se contiene de nuevo.)

ESCENA XII.

ANDRADE, LOPE.

LOPE. Maestro?

AND. Hijo Lope?

LOPE. Ya que solos estamos y que, segun colijo, es dia alegre en la casa, puesto que bodas se avecinan, he de aprovechar la ocasion de demandarle una gran merced, de la cual pende mi remedio.

AND. No está tan para velludo la seda como dices; mas cuenta el caso, que á nadie el oir costó dineros.

LOPE. Pues la merced que de la vuestra demando, es que por esta noche me preste el hábito que para su mortaja prevenido tiene.

AND. Hásete muerto algun deudo?

LOPE. No, que el único viviente de mi linaje soy.

AND. Hábito sin difunto, y dices que en él estriba tu remedio? Ganas me has puesto de saber el caso.

LOPE. (Mordió el anzuelo.) Es un secreto de tal cuantia, que si hábito esta noche tener consigo, mañana podré llamar de tú á los veinte y cuatro, y aun al mesmo Asistente, sin dificultad alguna.

AND. ¡Tú?

LOPE. Yo y todo; que donde hay din nadie echa de ménos el don.

AND. Es, pues, negocio de dinero?

LOPE. Y tanto, que de verlo concluido, mañana podría enterrar en doblas de oro á vuesa merced.

AND. ¡Hombre, qué dices?

LOPE. La verdad pura.

AND. Enterrado yo en doblas de oro! Quién en tal se viera! Y dime, dime: es honesto y cristiano trato ese en que tanto ganarse puede?

LOPE. Tan honesto y cristiano que para llevarlo á término buscan la compañía de un padre de la Merced.

AND. Relátalo todo, hijo Lope, que ya sabes que lo que cae en mi pecho en un pozo ha caído. (Acariciándole.)

LOPE. Vuesa merced hará de mí lo que bien le plazca, que no sé el modo de negarle cosa que me pida.—El caso es... ¿No nos oye nadie?

AND. Nadie, hombre. Andan adentro al trabajo.

LOPE. Pues el caso es que allá cuando la guerra con los moros de Granada, cierto Venegas, que á Sevilla se vino cuando la ciudad por los católicos reyes fué conquistada, perseguido más tarde por la santa Inquisición, á cuya nariz no se escondió que el Venegas renegaba en secreto de lo que en público á Cristo prometido había, dió con su persona en África, ganoso de profesar allá su secta maldita: mas no pudiendo llevar consigo el gran tesoro, que de Granada se trujo, enterrólo en un olivar, á Sevilla cercano, con ánimo de tornar por él en tiempo oportuno.

AND. Sigue, sigue.

LOPE. Murió el Venegas en Fez sin que oportunidad hallase de lograr su intento; mas no murió tan desprevenido que á los suyos no dejase escritas en un papel las señas precisas del lugar donde el tesoro guardado tenía.

AND. (Desencajado.) Y qué ha sido de ese tesoro?

LOPE. Á eso voy. Algunos meses há, cierto padre mercenario, de estos que van á Berbería á redimir cautivos, catequizó á un morico, por nombre Ali-Venegas; y sabedor de que el cristiano nuevo venia de padres espa-

ñoles, y que de ellos guardaba papeles, que por falta de letras nunca leído habia, vino en gana de verlos, y entre ellos topó el escrito del mozo de Granada que os dije.

AND. Y el reverendo calló el hallazgo, y guardó el tesoro para la comunidad.

LOPE. No hizo tal; ántes revelólo al morico, y á tiempo fué que, una semana pasada, daba á Dios el ánima que de Dios recibiera.

AND. Y ese moro?...

LOPE. Venido es á Sevilla muy á lo cristiano y aun más á lo caballero, en busca de su hacienda; mas acordado de que debe ésta, y lo que es más, el agua del bautismo á un mercenario, partir intenta su tesoro con los padres de la Merced; dando á uno, que esta noche le acompañe á desenterrarlo, la mitad de lo que encuentre para su convento.

AND. Y tú piensas ponerte en el lugar de ese padre?

LOPE. Dado habeis en ello.

AND. Mas cómo?

LOPE. Hallábame yo esta noche en la celda de fray Raimundo, adonde era ido en demanda de libros que me presta, cuando entró un caballero, que con su paternidad hablar en secreto solicitaba. Mandóme el padre que en la celda vecina, á la sazón vacía, le esperase; más picado de la curiosidad quedéme á la puerta, donde por la conversacion que oí supe lo que os cuento, y que esta noche el caballero, que no es otro que el mismo Alí-Venegas, ha de ir á desenterrar el tesoro en compañía de fray Raimundo.

AND. Pero si ellos van, tú...

LOPE. Yo, asaltado de una idea, salíme del convento, y una vez en la calle y cerciorado de que el moro en mí reconocia al que en la celda del padre halló al entrar, dijele que fray Raymundo no podia asistir al lugar marcado, mas que viniese á esa callejuela con el coche en que habian de traer el oro y la pedrería, y entrando por la

puerta del huerto con llave que le dí, que por ventura la llevaba encima, aquí le hallaría ó en su defecto á otro padre de la propia órden.

AND. Y pídesme el hábito para disfrazarte y ser quien gane la mitad ofrecida?

LOPE. Ese es mi intento.

AND. Pero no ves, hijo Lope, que por mentecato que el morico sea, ha de conocer á poco que platiques que así eres tú fraile como yo corsario berberisco?

LOPE. Y qué le hemos de hacer? (Tocado está de la codicia.)

AND. Si como yo hubieras sido cuatro años lego, algo se te alcanzara de lo que son frailerías. No sería mejor acuerdo que yo me encajase el hábito, y con él fuese, y que luego como hermanos partiésemos lo que se ganára?

LOPE. (Cayó en la red.) Dadme el hábito, si quereis, y de no yo veré de arreglarlo.

AND. Desconfiado que eres! Ó voy en tu puesto ó pensaré que por ladron me tomas.

LOPE. Jesus! Yo pensar tal de vuesa merced!

AND. Pues no hay más que al vado ó á la puente.

LOPE. Pues ántes que de mí tan mala cosa crea, consiento en que él vaya; mas bien entendido de que de lo que le den ha de darme la mitad.

AND. Ó somos cristianos ó no lo somos, hijo Lope.

LOPE. En tal caso vaya vuesa merced á encapillarse su mortaja, y baje enfrailado y con la capucha calada, cuando oiga tres palmadas en el huerto, que es la señal convenida.

AND. Tan pronto debe venir el Venegas?

LOPE. Tan pronto que no dará más tiempo del preciso.

AND. Pues áponerme voy la mortaja, que para enterrar compré y que para desenterrar va á servirnos.

LOPE. Vaya presto.

AND. (Le he engañado como á un negro.) (Vase.)

LOPE. (Se la tragó como un doctrino.)

ESCENA XIII.

LOPE, RUFINA, MELCHOR, OFICIALES.

LOPE. Hola, amigos, á mi, que el maestro es ido.

TODOS. Lope?

LOPE. No hay tiempo que perder en pláticas. Un poderoso señor trata en robar esta noche á Rufina.

RUF. Qué dice? (Que sale.)

LOPE. Si de este riesgo la salvamos hoy, mañana la perdemos, puesto que mañana la casa su tío. Amigos, Rufina ha sido para nosotros todos una madre ó una hermana, y obligacion nos corre de mirar por su bien.

MELCH. Manda.

LOPE. Antes que la casen con ese mal viejo ó la robe esotro, llevémosla donde á salvo de ambos se halle.

MELCH. Llevémosla.

RUF. Lope ¿y mi honra?

LOPE. Segura está bajo la salvaguardia de tus oficiales.

MELCH. Y el maestro?

LOPE. Maese Andrade estará dentro de poco bien lejos de aquí.

RUF. Pero, Lope...

LOPE. Rufina, si de grado no quieres salvarte, por fuerza te salvará tu hermano.

MELCH. Y dineros para la jornada?

LOPE. Cincuenta doblones tengo para comenzarla, con otros tantos que me darán, sin salir de aquí, ántes de poco. Á más, cuando esos gastados sean, hombre soy para ganar más de los que en vuestra vida mirado habeis.

TODOS. Cómo?

LOPE. No oísteis lo que esta noche el canónigo Machado me dijo?—La instruccion y el deleite que de balde os proporcione todos los días, no los pagariais si de ellos careciescis y con dineros se compraran? Pues algo hay aquí, amigos míos, algo hay aquí, hermana, que puede proporcionarnos una existencia holgada y gloriosa; al-

go hay aquí de que hacer la piedra primera de un gran edificio! Por el camino sabreis lo demas: no hay tiempo que perder.

RUF. Pero yo no puedo...

LOPE y TODOS. Rufina... (Se oyen las tres palmadas.)

RUF. Qué es eso?

LOPE. La señal de que don Felix de Avendaño viene á robar-te con sus camaradas.

RUF. Partamos, Lope

LOPE. Estaos ahí y no salgais hasta que os llame. Pronto!
(Da tres palmadas.)

ESCENA XIV.

LOPE, MAESE ANDRADE, AVENDAÑO.

AND. Chist! (Tengo buena cara de fraile? (Levantándose un poco la capucha.)

LOPE. Silencio! No hableis ni una palabra hasta estar en el sitio: pudiera arrepentirse si conoce que no sois fray Raimundo.)

AVEND. Cé... Aquí estoy. (En el foro apareciéndose.)

LOPE. Y ahí está.

AVEND. (Toma. (Dándole otra bolsa.)

LOPE. (Daca.) Y buena suerte. (Ya vas aviado.) (Lope toma de la mano al maestro y lo conduce á las de Avendaño. Andrade estrecha con efusion muy gozoso las de Lope y se va con D. Felix por el foro izquierda.)

AND. (Hijo Lope, Dios te lo pague.) (Desaparecen.)

LOPE. San Benito de Palermo sea contigo.

ESCENA ULTIMA.

LOPE, RUFINA, MELCHOR, OFICIALES, despues MENCIGÜELA.

MELCH. (Que ha observado desde el foro.) Jajajá! qué facha lleva!

LOPE. Calla! Venid. (Melchor rie á carcajadas sin interrumpir la representacion.)

RUF. Aquí nos tienes.

- LOPE. Más bajo, no se entere Mencigüela.
- RUF. No la llevamos?
- LOPE. Es harto niña para emprender la carrera aventurera en que á lanzarnos vamos. Al Canónigo la dejaré encomendada en carta que escribirle pienso. Vamos.
- MENC. Vamos, padrecico. (Aparece con su sendal á la cabeza un hatillo y un cofrecito debajo del brazo.)
- LOPE. Tú con nosotros!
- MENC. No hay procesion sin tarasca. De algo me ha de servir el escuchar por los rincones.
- RUF. Llevémosla, Lope. Esta niña es una hija que Dios nos ha mandado, y nos daría mala ventura el abandonarla.
- MENC. Sí, madrecica.
- LOPE. Qué llevas ahí?
- MENC. Las alhajas de Rufina.
- LOPE. Eso no! Ni una sola! (Quitándoselas y dejándolas sobre la mesa.)
- MELCH. Bien!
- LOPE. Vamos pues todos!
- MELCH. Pero adónde?
- LOPE. Á emprender una conquista para nuestra patria.
- MELCH. Ay del moro! ay del indio bravo! (Con marcial alarde cogiendo una espada.)
- LOPE. No es eso, amigos:—Vamos á dar á España una nueva institucion, que es más que darle una provincia nueva. Méjicos y Perú le ganan cada dia las armas: territorios materiales le sobran; reinos de la inteligencia es lo que necesita conquistar, y uno de esos va á darle este pobre batidor de oro!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Entrada de la villa de El Acebuchal á corta distancia de Marimorena y no lejos de Córdoba. Meson á la izquierda, pozo y abrevadero á la derecha y puestos de fruta y otras mercancías en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

BLAS ZAMBRANO, INESILLA, CONCEJALES, VILLANOS y VILLANAS, ÁGUE-
DA luego.

BLAS. Silencio, digo, y respeten esta vara. Callen ellos si quieren, y ellas... si pueden. Habla tú. (Á Inesilla.)

INES. Pues el caso es, que cuanta gente de Marimorena á ese mi meson es llegada, trae ocultas, segun ver he podido, armas de guerra como son espadas y pistoletes, y aun diz el mozo de la caballeriza, que alguno esconde trabucos y pedreñales. (Murmullo de indignacion en todos.)

BLAS. Silencio repito, y á esta vara respeto tengan. No digan que la noble villa del Acebuchal con su alcalde y todo, háse alborotado por hablillas de una mesonera.

INES. Tanta honra y más que él y la alcaldesa mesma tiene esa que dice; y no andemos en dimes y diretes, no se me vaya la lengua; que cuando el señor alcalde destri-

paba terrones, esa vara empuñaba mi señor padre, que si hora en su cortijo de los Alijares vive del pueblo apartado, tan honradamente como el que más rigió este su meson de afuera, que es la gala de la villa toda.

BLAS. Callen faldas y hablen barbas. Y con la alcaldía de tu padre no echés fachenda, que por borracho esta vara de quitarle hubieron. ¿Atrévete, Inesilla, á afirmar con juramento cuanto de los marimoreños contado llevas?

INES. Fáltenle á vuesa merced los pellizcos de la señora Águeda Peralta su mujer y á mí la luz del día á media noche, si cuanto dije no es la pura verdad.

BLAS. Juramentos son esos que gran respeto merecen, que á ser tan cierto lo que refieres como los pellizcos de la señora Águeda lo son, todo lo narrado el mesmo Evangelio sería.—Alto, vecinos del Acebuchal, que á ocasion llegado habemos, que verse pueda cuál alcalde teneis! Por si los de Marimorena vencer tratan á los de esta villa, validos de que descuidados estamos, bien será que cada cual se arme como mejor pueda, y que si la sarracina comienzo tuviese, sepa el mundo todo como los acebucheños saben manejar el acebuche.

INES y TODOS. Victor!

BLAS. Silencio! y nada de aclamaciones, no entiendan los marimoreños lo que tratamos.—Ellos solicitado tienen del señor rey, que Dios guarde, que como á vecinos de villa, que entre las villas hace raya, se les conceda voto en Córtes; mas vuestro consejo, que no duerme, no queriendo que los del Acebuchal sean ménos que nadie, ha echado al rey, nuestro señor, un memorial escrito por el dómíne y el fiel de fechos, que cosa sería de leerse, si con tantos latines como encierra, hombre hubiera de leerlo capaz; y en el memorial que digo, voto en Córtes para el Acebuchal se pide, que donde marimoreños voten, no es bien que acebucheños no digan esta boca es mia.—Sobre quién en las Córtes habia de hablar primero cuando el voto concedido les sea, si el

Acebuchal, si Marimorena, armóse en el mercado de esa última villa la de Dios es Cristo el postrer di-santo por la tarde; mas como de la quistion no resultaron arriba de siete con la cabeza rota, no creo el caso de importancia, ni juzgo que los marineros hoy se dispongan á tomar venganza de tan corta ofensa como la que inferido le habemos.

INES. ¡Capaces son de formar queja por siete descalabrados más ó ménos!

BLAS. No por eso hablará Marimorena en Córtes ántes que el Acebuchal, ó esta vara consiento que en las costillas me rompa la señora alcaldesa.

AGUEDA. Daca la vara, marido, que eso haré yo de buen grado. (Abriéndose paso por medio de todos.)

BLAS. Pues cómo tan presto por aquí, señora Águeda Peralta? (Muy sumiso y afable.)

AGUEDA. Como veo que sin mí el gobierno del pueblo no va como Dios manda. Gran respeto á mi persona dais haciéndome venir á que reciba con el concejo, á la alcaldesa de Marimorena, que para descalzarme los chapines servir no puede.—Hidalga nascí, y la culpa me hé por haberme unido á hombre plebeyo. Siempre fuísteis gran mentecato.

BLAS. Callad, esposa; que no están bien en boca de la mujer alabanzas del marido.

AGUEDA. Pero ello es cierto que el consejo de esta villa ha convidado á la fiesta al de Marimorena.

BLAS. Tan cierto como que tres dias enteros se ha llevado pensando la manera de escribir el papel de convite, que encima llevo, y que de haber entre nosotros hombre de letras que lo leyera, gran placer en oirlo recibierades, que es lo mejor puesto que de concejo de villa salido há. Andemos ó no esta tarde á la greña, bien está el disimulo en casos tales, que lo cortés no quita lo valiente.

AGUEDA. No habrá aquí tal persona que ese papel, por el sándio de mi marido tan celebrado, nos leyera de pe á pa?

ESCENA II.

DICHOS, MENCIGÜELA, MELCHOR despues.

MENC. Aquí hay un pedazo de mujer, á quien algo de letras se le alcanza.

AGUEDA. Dad el papel á la mochacha, esposo; que ella lo leerá de corrido, segun parece de avisada.

BLAS. Tomad, rapaza; y ved que papel es de consejo, y que sentido necesita.

MENC. Dice así: «Al alcalde Anton Palomeque, el alcalde Blas Zambrano.»

BLAS. Eso es solo el comienzo, que ya vereis lo que detrás viene.

MENC. «Hoy, por ser la fiesta del santo patron de este pueblo, »que con feria y romería se celebra, se armará por la »mañana en la iglesia una de diez mil demonios. Por »la tarde la farándula de Lope de Rueda representará »un paso delante del meson de afuera, y despues se correrán en la plaza tres novillos; mas si vuesa merced »nos honra con su asistencia serán cuatro, y aun puede que un toro de puntas. El que se ofrece á vuesa »merced, Blas Zambrano.»

MELCH. Victor! Victor!

TODOS. El bobo! El bobo. (Riendo.)

INES. La alcaldesa no vendrá.

BLAS. Así vendrá como ciertos son los toros.

AGUEDA. Allá va. (Todos observan con cierto temor al Caballero Negro que atraviesa la escena y desaparece por la colina de la derecha.)

BLAS. Quién?

INES. Es mi huesped de hace ocho dias; ese que en el pueblo llaman el Caballero Negro.

MENC. Cara de padecido tiene, y poco repara en lo que le rodea, que ni aun mirado nos há.

BLAS. Y qué trae por la villa ese señor disciplinante, que eso y no otra cosa parece?

INES. Penséme al principio que á la feria venia, ó que pasaba

al castillo de Gaucin á la boda del nuevo marqués con doña Araceli Ponce de Leon, que la comarca revuelta trae; mas desde que al meson llegado es, si bien de la boda me ha preguntado, sólo se ocupa en correr día y noche los campos y en subir á los cerros, como quien algo que espera, descubrir de lejos trata.

AGUEDA. Y muy gentil mancebo que pasesce.

ESCENA III.

DICHOS, ANTON PALOMEQUE, MARIMORENOS.

ANTON. (Dentro.) Plaza al concejo de Marimorena!

BLAS. Bien venido, señor alcalde.

ANTON. Señor alcalde, bien hallado.

BLAS. Qué es de mi señora la alcaldesa, que con vos no la veo?

ANTON. Cosas del huerto son, que muchas hechas me lleva.

AGUEDA. Cómo del huerto?

ANTON. Como el huerto cria coles, y la alcaldesa come de ellas, y enferma de comerlas está.

INES. Si yo lo dije!

AGUEDA. (Fuera de sí.) De coz, que no de col, la salida me paresce.

ANTON. Alto ahí, que si á coces andamos, no sé yo quién más dará.

BLAS. Señor Anton Palomeque, ni en esto ni en nada hallará aquí quien sobrepujar intente á vuestra merced.

ANTON. Es cortesía del Acebuchal.

BLAS. Es justicia que Marimorena merece.

ANTON. (Á los suyos en tono siniestro.) (Ya les daremos justicia!)

BLAS. (En el mismo tono á los suyos.) (Ya les enseñaremos cortesía.)

MENC. (No es aquel que llega maese Andrade?)

MELCH. El mesmo con su mesma cara.

MENC. Ocúltate y atisba, que á avisar á Lope corro.) (Váse. Melchor se oculta tras el pozo.)

:

ESCENA IV.

DICHOS, MAESE ANDRADE.

AND. Loado sea Dios!—No me dirán qué pueblo es este?

BLAS. El Acebuchal.

AND. Dios me la depare buena!

AGUEDA. Qué dice?

AND. Nada. Es que al oír ese nombre siento un hormigueo por las espaldas!...

BLAS. Pues bien conocido pueblo es en el mundo todo.

ANTON. No tanto como Marimorena, que ántes que él ha de hablar en Córtes. (Movimiento de unos y otros vecinos de ambos pueblos.)

BLAS. Dejemos eso, señor Anton Palomeque.

AND. Y diránme dónde el alcalde de esta villa mora, que á ese busco?

BLAS. Pues no me ve teniéndome delante?

AGUEDA. (Alborotada.) Debiera haberle conocido en la autoridad de la persona.

AND. No se nos alcanza tanto á los de Sevilla.—Lea vuesa merced ese papel, que para él dado me há la justicia de mi tierra.

AGUEDA. (No digas que no sabes, que está aquí Anton Palomeque.)

BLAS. Dádmelo que lo dé yo al fiel de fechos, que él lo leerá de corrido como en este pueblo se acostumbra.

AND. Darlo no puedo, que mucho interesa.

AGUEDA. Cómo?

AND. Dáse en él orden de prender á cierto truhan llamado Lope de Rueda, que con toda una cuadrilla de farsantes, en este pueblo representar hoy debe, al decir de ciertos arrieros que en Sevilla la nueva han divulgado, y con los que hasta cerca de aquí he venido.

• ANTON. Pretexto es para dispensarse de agasajarnos con la farsa. (Á los suyos.) Ya me creí yo que lo de la llegada de los faranduleros era burla que se nos hacia!

AGUEDA. Y por qué vino si tal creyó?

ANTON. Porque no dijeran los del Acebuchal que por mi falta dejaba de correrse un toro.

BLAS. Que no, señor Palomeque; que farsa habrá; y que no es hombre de burlas Blas Zambrano.—Vengan á mi casa á tomar un sorbo mientras la fiesta se dispone; y vos, señor, el de Sevilla, aguardad en ese meson que el fiel de fechos os envíe, y el papel lea, y lo que cumpla disponga.—Pase Marimorena.

ANTON. Antes el Acebuchal.

BLAS. (Á los suyos.) (Vivid prevenidos!)

ANTON. (Á los que le siguen.) (No les quiteis ojo!)

BLAS. Pase.

ANTON. Pase.

AGUEDA. Los dos á la par, y no riñan por ir despues como otras veces por hablar ántes. (Grandes cortesías, y se van con mucha gravedad.)

AND. Ah del meson!

INES. (Colocándosele delante.) Qué se ofrece?

AND. Amiga, un cuarto, donde los míos pueda estirar sobre jergon ó estera.

INES. Entre.

MELCH. (Descuartizado te querria yo.)

INES. Molido viene, que bien cojea.

AND. Hija, no es de ahora; que obra fué de cierto resbalon que hube de dar una vez que á fraile me metí.

MELCH. (Si hubiera yo sido el prior...) (Haciendo ademan de pegar.)

AND. ¡Ay si pilló al que me enfrailó!... (Éntranse.)

ESCENA V.

MELCHOR, LOPE, RUFINA, MENCIGÜELA.

LOPE. (Á Mencigüela.) Aquí diz que le dejaste?

MELCH. Aquí, que despues de seis meses que llevaba de haber perdido nuestra pista, torna á las andadas con papel de de justicia para prendernos.

- RUF. Y á dónde es ido?
- MELCH. Ahí se entró á esperar al fiel de fechos, que el papel que trae ha de leer, que al alcalde le estorba lo negro.
- RUF. Y cómo viene? (Con interés.)
- MENC. Derrengadillo anda su merced, y ello ser debe resultas de la paliza que aquel capitan le arrimó.
- MELCH. ¡Si yo fuese alférez siquiera!
- RUF. Pobre tio!
- LOPE. No tanto le compadezcas, que segun el señor canónigo me escribió, con ocho dias de cama diósele por curado.
- MELCH. Y aun siendo la felpa tan poco de contar, con su venganza nos persigue! ¡Siempre le tuve por desagradecido!
- RUF. Si como á criminales nos prendieran!...
- LOPE. Tranquilízate, Rufina, que eso ser no puede en tanto que yo esté aquí para inventar tretas con que burlarles
- MENC. Y á más que el señor canónigo en llegar á la villa tardar no puede, y su merced nos ampararía.
- RUF. Cómo no estará ya aquí mi padrino?
- LOPE. Escribióme que si en este pueblo me hallaba en el dia de hoy, vernos podria; que por aquí lia de pasar para el castillo de Gaucin, donde por delegacion del señor arzobispo celebrar una boda debe; y aun por eso he aceptado lo que el consejo de la villa me propuso de que á representar en su feria vinieramos.
- RUF. Mucho me holgára de besar su mano.
- MENC. Pues poco tardar puede, que toda la mañana pasando por aquí han estado damas y señores, quien en pesada litera, quien en caballo ligero, con gran séquito de pajes y lacayos, y todos á esa famosa boda se encaminaban.
- LOPE. ¿Tienes bien metido en la cabeza el papel de las *Acetunas*? (Á Malchor.)
- MENC. Aquí le llevo (Quitándose el sombrero y mostrándole dentro.) para que de ella no se me aparte.

ESCENA VI.

DICHOS, el CANÓNIGO.

CANON. Para! Para! (Dentro.)

RUF. Mi padrino! (Saliéndole todos al encuentro locos de alegría.)

LOPE. Señor Canónigo!

CANON. Por fin torno á veros, hijos míos. Dios te guarde, gitánilla.

MENC. Y á vuesa merced por el deseo. (Le besa la mano.)

MELCH. Y á Melchor si á usarced no desplace. (Descubriéndose.)

CANON. Bien hallado, Melchorico!

RUF. Cómo viene vuesa merced?

CANON. Tan lleno de contentamiento con verme entre vosotros, que si cansancio sentí en el camino, descansado al llegar me encuentro. Ante todo—¿Desde que de mí os partisteis, nada teneis que echaros en cara? (Mirándolos á todos de hito en hito.)

RUF. No siendo lo que por nosotros padece mi tio...

CANON. (Cambiando de tono y muy gozoso estrecha la mano á Lope.) Qué cisma tienen metido él y el licenciado Brihuega en aquella chancillería! (Riendo.)

MELCH. Aquí tenemos al maese con cartas de prison.

MENC. Pero como no prenda á su amigo el licenciado!...

CANON. Yo tambien estoy aquí, y nada hay que temer.—Vamos hijos, contadme. Vivis contentos con ser lo que sois? Esta vida errante y aventurera, en que para enseñanza y consuelo de ignorantes y afligidos entrado habeis, realiza por entero vuestros sueños de gloria? Cómo en los pueblos os tratan? Qué concepto de vosotros se forma?

LOPE. Como á reyes nos reciben, y por gente de gran valía tenidos somos.—Apenas asoma la farándula á las puertas del aldea, y ya se regocijan los corazones. Salen los muchachos al ejido á ver á los que llegan, gritando á voz en cuello: «los farsantes! los farsantes!» y todo el lugar en alegre tropel acude á contemplarlos.—«Aquella que va caballera en el rucio de las jamugas y que

por su arreo semeja una gentil señora,—dice el alcalde, que ya conoce á los faranduleros por haberlos visto en la ciudad cuando la fiesta del Corpus,—es la mujer del maestro de la cuadrilla, que hace de pastora en los coloquios, de villana en los pasos, de dama en las farsas y de ángel en los autos, que un ángel del cielo parece por la gentileza de su persona y la donosura de sus conceptos.—Es el otro, que guía la carreta, el maestro de los recitantes; y es nada el aliño del traje que hora viste, para el que suele usar en la farsa, ya haciendo del caballero, ya del soldado galán, ya del señor de campanillas; que á todo esto se presta lo variado y sutil de su ingenio.—Á esotro, el que agora nos atisba desde dentro de la carreta, y que es como estais mirando más lampiño que mi mujer la alcaldesa, hélo visto yo con más barbas que un zamarro haciendo de padre Abrahan, y diciendo cosas tan santas y gratas de oír, que me rio yo del licenciado Barrientos cuando desde el púlpito nos sermonea.—Aquel que hace muecas á los muchachos, y salta, y brinca mientras arrea el rucio de la farsanta, es el bobo, que sólo con salir al tablado hace desternillar de risa á cuantos le oyen; que parece que en el bolsillo lleva las carcajadas de todos y que las saca cuando le viene á las mientes.—Y en tanto que así pintando va toda la cuadrilla, llega ésta á la posada, donde el mesonero la recibe riendo, mientras en la cocina chirrean los torreznos en las sartenes; que es sabido que á la gente alegre placen las buenas tajadas, sobre todo si se rocían con algun que otro sorbo de lo añejo.—Sale á la puerta el bobo con un muchacho que da golpes en el parche del tamborino, y cuenta á la gente cómo ha llegado al lugar una muy regocijada tropa de faranduleros, que aquella mesma tarde representará un auto y un coloquio, aliñados con algun pasillo, en el corral de la posada, donde podrá entrar todo aquel que no vaya con las manos vacías. Y haciendo cuatro gestos, y diciendo otras tantas chan-

zonetas, éntrase en el meson, mientras el muchacho sigue excitando á los lugareños con el sonido de su tamboril. Acuden estos á la hora citada, quién con el succulento chorizo; quién con el conejo recién muerto; quién con la gallina viva todavía; quién con los roñosos dineros de cobre, que otro metal que este no conocen los recitantes; y despues que embobados escuchan lo prometido, vánse alegres y risueños, con alguna palabra culta en su rústico vocabulario, con alguna idea elevada en su mezquino cerebro, con algun ejemplo que imitar en la memoria, con alguna máxima sana en el corazon!... Y en tanto los faranduleros enganchando de nuevo su carreta, cargada de los sencillos presentes, y subiendo á la mujer en su rucio, prosiguen su peregrinacion contentos y pagados.—Esta es, señor, la vida de la farándula; este el fin á que aspira; esta la gloria que desea y consigue la farsa errante y vagamunda del maestro Lope de Rueda.

CANON. Ya verás la cosecha que rinde esa semilla que sembrada dejas; y si tú no la ves, otros, que vivirán cuando nosotros en la sepultura durmamos, recogerán el fruto. Ese entusiasmo ardiente que en tí veo, ese calor con que hablas de la nueva arte que profesas, garantía son y segura de que no me equivoco en lo que digo.

RUF. Es que ahora extiende á cuantos padecen el consuelo que en Sevilla á mí sólo me procuraba. (Con entusiasmo.)

CANON. Y tú no sientes ese entusiasmo?

RUF. Cuando le oigo hablar así, cuando pinta con los vivos colores que veis, esta vida, que sólo por sustraerme á una doble violencia adopté, siento que dentro de mi ánima vibra alguna cuerda, que rota juzgaba; que hay otro ser que en mí alienta, y que á su acento se agita y se enardece; que al entusiasmo que le anima, responde el entusiasmo que de lo más hondo del corazon me sale.

LOPE. Rufina!

MENC. (Esta se cura.

MELCH. Pues no!)

- CANON. ¿Por qué dijiste al pintarme la entrada en el aldea que la que iba caballera en el asno era la mujer del maestro de la cuadrilla? (Con candorosa malicia.)
- LOPE. Porque por tal toman en todas partes á Rufina. (Habló el deseo.)
- CANON. Ya!
- MENC. (La cogió.)

ESCENA VII.

DICHOS, ESCAMILLA.

- ESC. Señor Canónigo, aquí estaba su señoría!
- CANON. De apearme acabo.
- ESC. Quiere useñoría proseguir la jornada hasta el castillo, ó prefiere roposar un poco en la estancia que ahí le tengo dispuesta? (En el meson.)
- CANON. No siendo los desposorios hasta mañana, aquí me estoy, que con antiguos amigos tropezado hé.
- ESC. Son convidádos que de Sevilla vienen? (Solicito.)
- CANON. No son sino farsantes, señor Escamilla, que á alegrar la fiesta del pueblo son venidos. Y ved si nascisteis con buena suerte! La ocasion se os viene á las manos de hacer á los huéspedes ilustres del marqués vuestro señor, un agasajo nuevo en casos tales.
- ESC. Mas no será cosa que la gravedad de la fiesta amen- güe, llevar farsa á la boda?
- CANON. Antes bien, señor mayordomo, gravedad ha de darle muy mucha mayor que los toros y cañas y sortijas que sin duda tendrá prevenidas. Para quitarle escrúpulos, decirle hé que mi hermano el prior de la Victoria de Madrid, accede á que representen en un corral del própio convento por nombre de la Soledad, cercano á la llamada Puertá del Sol.
- LOPE. Es eso verdad, señor Canónigo? (Con gran alegría.) ¡Veré yo asentar sus reales al teatro ante la córte de España!
- CANON. Ansí mi hermano me lo escribe.
- LOPE. Pues diga vuesa merced al señor prior, que el bien que

me hace le pagaré, dando buena parte de lo que por puertas entre para que entre los pobres se reparta.

CANON. Bien, hijo! (Gozoso al ver el rasgo de Lope.)

ESC. Diga el señor maestro en cuánto estima su trabajo y el de los que consigo trae.

LOPE. Esa, señor mayordomo, es cuestion que vuesa merced resolverá como le plazca.

ESC. Pues esta mesma noche habeis de encaminaros al castillo. Pero el señor Canónigo necesitado estará de reposo.—Inesilla? (Llamando.)

RUF. No llame á la mesonera. Nosotros conduciremos á mi padrino á su estancia.

MENC. Por aquí. Por la puerta principal.

CANON. Vamos, hijos.—Lope, el teatro va á entrar en todas partes!

LOPE. Si es como la luz, señor! (Vánse por detrás de la fachada del meson.)

ESCENA IX.

ESCAMILLA, INESILLA, sale por el portalon.

INES. Qué me queria?

ESC. No lo sé, Inés. Válate Dios por cabeza! (Pensativo y fatigado.)

INES. Diga; diga: cómo es que vuestro señor se casa, sin ser pasados dos meses de la muerte de su hermano?

ESC. Estos casamientos no se hacen como se hará el tuyo, porque Bartolo te plazca más que Toribio: trátanse para unir dos escudos y dos estados; y así es que esta dama con quien mi señor se casa, la mesma es que casar debia con ese hermano, difunto poco há.

INES. Vamos, como hereda las tierras, hereda la novia.

ESC. Lo propio: es decir... No me hagas hablar.

INES. Y por qué este no se llama marqués de la Liébana como el otro, y sí de Gaucin?

ESC. Curiosa que eres!—Estos dos títulos radican en la mesma casa; mas alternar deben en forma tal, que el sucesor lleve el que su antecesor no llevó; y así el...

ESCENA X.

ESCAMILLA, AVENDAÑO, CRIADOS.

- AVEND. Señor Escamilla?...
- ESC. (Válame Dios! Vete.)—Señor?... (Váse Inés.)
- AVEND. Están las sillas de mano en el lugar que deben?
- ESC. Prevenidas las dejo en el punto en que se cruza el camino del palacio con el de Castel-Organ, único mal paso que para las literas hay.
- AVEND. Visteis á doña Araceli?
- ESC. Vila.
- AVEND. Cómo estaba?
- ESC. Como doncella en víspera de sus bodas.
- AVEND. Triste ó alegre, pregunto.
- ESC. Válame Dios! Triste al despedirse de su señor padre.—Don Juan Ponce de Leon, como postrado en el lecho no puede llegarse á Gaucin, consuelo no halla al pensar que vuesaencia se obstina en no pisar aquella casa, donde ya por hijo se le tiene.
- AVEND. No me hable en eso, señor mayordomo: aquella casa funestos recuerdos despierta en mí.
- ESC. Ya sé, ya sé que ir allá solia ántes de partirse á Flandes con mi difunto amo, tratado entónces de casar con doña Araceli.
- AVEND. Él no sabe nada; y alto en esto, que la planta allí no he de poner; y si mi suegro verme desea, servidores tiene que en su misma cama á mi castillo le conduzcan.—Yo esperaré á la desposada en el límite de mis tierras con las gentes de mi casa; prevenidlo así á los deudos que su cortejo forman; y aunque con una Ponce de Leon me caso, habladme cuanto ménos podais de los Ponces de Leon. (Váse.)
- ESC. Iré á tener el estribo á vuesaencia.—Presto, escuderos; el caballo del señor marqués! (Á los que están en el foro.)

AND. Palabra de alcalde, palabra de nadie! (Saliendo impaciente.)
ESC. Váleme Dios! Váleme Dios! (Vase.)

ESCENA XI.

MAESE ANDRADE, LOPE.

AND. Verle de nuevo quiero, que de enviarme alfiel de fechos se olvida.

LOPE. (Aquí está.) (Apareciendo disfrazado por detrás del meson. Trae una sotanilla ó capotillo cerrado, muleta y venda en un ojo.)

AND. Ay! si llego á echar la garra á esos felones y malandrinnes, que burlado me han, y sobre todo á Lope de Rueda que los rige y comanda como mal nascido que es! (Lope se le acerca cojeando.)

LOPE. Salud, viajante incógnito, ó si se quiere, desconocido caminante, que la propia cosa á ser viene.

AND. Es á mí?

LOPE. Á vos, quien quier que seais, ó hayais sido, ó pretendieredes ser, mi salutacion se dirige, mi cortesía se encamina, y mis pláticas se enderezan. Háme mandado el docto alcalde de esta villa, ó si mejor pareciere, el ínclito cónsul de su ilustre senado, que el rústico camino—via agreste—que al meson de afuera conduce, emprenda, y una vez llegado á su fin, ó término ó meta—como los griegos decian—demande de uno que es llegado de *Hispalense urbe*, ó sea de la ciudad de Sevilla, con letras de la justicia de nuestro rey magnánimo,—*magnánimus rex*—que escribía el latino.—Daráme él razon de donde mora, ó habita, ó se aposenta, ese portador de cartas, ó si más le place, *portator literis*? (Andrade sofocado y fuera de si lo interrumpe.)

AND. Hable en romance, si á mal no lo lleva; que al que busca ha topado; mas no tan gramático que lo entienda. Y aquí está la carta que dice, que no me dejará mentir.

LOPE. Dalda acá, hermano, que leerla he cumpliendo el alcal-

dezco mandato, ó municipal precepto, ú órden concejil, ó...

AND. ¡Ó el diablo que le lleve y de cargar conmigo no se olvide, que más soportar no puedo tanto vocablo como ensarta. Tome el papel y lea, y lo que cumpla disponga.

LOPE. *Lego.*

AND. Lo fui; que años há que soy batidor de oro.

LOPE. Dije *lego* en latin, que es tanto como decir en romance *leo*.

AND. Pues lea y más no laticine el señor fiel de fechos, que no con letrado habla.

LOPE. Asiento, confirmo y corroboro... (Lee para sí) «Hum... hum... Á todos los que la presente, vieren y entendieren... hum... hum... mando y ordeno que detengan, y metan en prision, y hagan luego conducir de justicia en justicia y de cárcel en cárcel, á un tal maese Andrade...» (Andrade ha ido afirmando lo que el otro lee y frotándose las manos hasta que oye su nombre.)

AND. ¡Cómo?

LOPE. Á un tal maese Andrade portador de esta; que siendo lunático háse escapado de la casa de locos de esta ciudad.

AND. Pero qué es lo que está leyendo, grandísimo bellaco?

LOPE. Lo que aquí escriben, rebellaquísimo señor.

AND. Á ver, á ver... «De justicia en justicia y de cárcel en cárcel, á Lope de Rueda y sus faranduleros...» No dice aquí Lope de Rueda, infiel fechor, que no fiel de fechos?

LOPE. Maese Andrade leo tan claro como si escrito estuviera con luz de medio día.

AND. Mala landre te mate! Á mí con burlas!... Á mí, que como dicen soy de Córdoba y nasci en el potro!

LOPE. *Magister dixit*, el fiel de fecho lo afirma.

AND. Menguado de mí! No dice aquí Lope de Rueda? (Cegado de la ira.)

LOPE. No dice sino maese Andrade.

AND. Hé yo telarañas en los ojos? habréme de la lectura olvidado, ó será verdad que loco estoy? No habrá por aquí uno que lector sea? Quién sabe leer? (Dando voces á todos lados) Y tú...

LOPE. Eh?

AND. Y tú, don bellaco, guarte de mí. Quién sabe leer? Descífrénme esta carta en caridad! (Desaparece por el fondo.)

LOPE. (Tira el disfraz.) *Vale domine hispalense.*

ESCENA XII.

LOPE, MENCIGÜELA, MELCHOR, RUFINA y luego MAESE ANDRADE.

MENC. Lindo, padrecico!

MELCH. Como perro con maza va!

RUF. Fuese?

LOPE. Marchóse, se partió ó tomó las de Villadiego, que de las tres maneras decirlo sé. (Volviendo á tomar el tono nasal y grotesco de la escena anterior.)

AND. No hay hombre leído que acorra á otro necesitado?

MELCH. Maese Andrade! (Quieren huir.)

LOPE. Quedos y bailad al son que yo os toque.—Qué voz es la que escucho?

AND. Sabe leer, buen amigo? ¡Lope de Rueda!

LOPE. Maestro del anima mía. (Abrazándole.)

AND. Cómo, menguado, judío, ladron de doncellas!... (Pugnando por desasirse.)

LOPE. Maese Andrade de mi corazón, gracias á Diós que á veros torno!—Pero qué cara es esa? Por qué me mirais con ojos extraviados? Qué os pasa, señor maestro?

AND. Cómo? Mis ojos...

MENC. Ay, viejecito de mis entrañas, y que desconocido estás! (Colgándosele del cuello)

AND. Desconocido!

MELCH. Ay maestro de mi vida, y qué otro venís!

AND. Otro!

LOPE. Llega aca, Rufina; y pídele perdon. Mira cómo está tu tío por nuestros pecados.

- RUF. Señor tío!
- AND. Pero cómo estoy?
- MENC. Ay qué dolor el verte me da. Tú que eras como la rosa del mismo mayo! Con aquellas colores!
- MELCH. Vos que salud vendiais!...
- AND. Pero, grandísimos menguados, que es lo que estais diciendo?
- LOPE. (Á los suyos.) Y es el hígado; en el rostro se le conoce. Malencolías que por nuestra ausencia le han acometido. Verdad maestro?—No es cierto que os duele aquí?
- AND. Ay! Sí que me duele, sí; no habia dado en ello.
- MELCH. (Tal golpe le arrimó!)
- LOPE. El hígado, no hay más; el hígado es, que con el bazo en discordancia se pone.—¡Maestro mío! (Desesperacion cómica y rompiendo á llorar.)
- AND. Pero esa que dices es grave dolencia?
- LOPE. Como que al celébro toca.
- MENC. Ay matita de ajonjolí y cómo vienes!
- MELCH. Ay amo de mis ojos y cómo llegais!
- RUF. Mas...
- LOPE. (Calla.)
- AND. Y decís que tengo la vista extraviada?
- MENC. Mas que asno pregonado.
- AND. Si rezará la carta lo que el coji-tranco afirma? (Señas de dolor para que Andrade las vea.)
- LOPE. Llevadlo, llevadlo donde repose; que contritos y arrepentidos, tan luego como descansado esté, á Sevilla con él nos partiremos á borrar con llanto nuestras culpas.
- AND. Pero tan cambiado me encontrais? Es cierto que ese mal ataca al celébro?
- TODOS. Ay!
- LOPE. Llevadlo, llevadlo que repose.
- MENC. Yo le meteré en el lecho. Ven, encanto de mis sentidos, embeleso de mis potencias.
- LOPE. Sí, hija, sí. (Indicando á Mencigüela por señas que le tuerza la llave.)
- MENC. Entendido.

- RUF. Pero... (Á Lope; este la hace callar.)
AND. Como ha de ser! No te aflijas, hija Rufina; para eso nacemos. Vamos. (Queriendo hacerse fuerte mas sin poderse tener en pie y lloriqueando.)
LOPE. Al lecho! (En tono plañidero.)
AND. ¡Menguado de mí! (En la mayor afliccion.)

ESCENA XIII.

LOPE, EL CABALLERO NEGRO, MELCHOR y farsantes.

- LOPE. Hora, Melchor, á disponer el tablado; y tú Rufina, á prevenirte para el paso; y por tu tio no pases pena, que esto es sólo librarnos de sus persecuciones y no tratarle mal. (Váse Rufina. Baja el Caballero Negro por el foro.) Aquí, que esa ventana baja de puerta servirnos ha. (Á Melchor y los suyos, que sacan tablones y asnillas para el tablado.)
CAB. (Este debe de ser que á los otros manda.)—Hidalgo?
LOPE. Es á mí?
CAB. Á vuesa merced digo.
MELCH. (El caballero Negro es.) (Á los suyos, que siguen colocando el tablado.)
LOPE. En qué puedo servirle?
CAB. Será, por ventura mia, vuesa merced el cabeza de los faranduleros que venidos á la villa son?
LOPE. Ese soy, y Lope de Pueda me llamo.
CAB. Y diráme en cortesía si es cierto que mañana representar debe con los suyos en el palacio de Gaucin, como de unos lacayos del marqués he entendido?
LOPE. Ello es así como lo preguntais.
CAB. Págueme Dios la buena nueva.
LOPE. Cuál buena nueva?
CAB. Señor Lope, el oficio en que anda y la vida que trae, muévenme á creer que con hombre trato tan franco de pecho como libre en sus acciones.
LOPE. Pintor debe de ser, pues tan fielmente me retrata.
CAB. En cuántos ducados estima el señor Lope, que como uno de la cuadrilla entre yo con él en el palacio?

LOPE. Equivocado viene, que no es esa la franqueza y libertad que profeso. Con hombre tal habla, que por bien del prójimo, cuanto imaginarse pueda haria; mas por dineros algunos, no dará un paso como el que le proponéis, si en ellos estribara su vida.

CAB. Perdone el señor Lope el mal pensamiento; y puesto que tan humano es, por amor de Dios haga lo que por dineros hacer rehusa. (Se descubre.)

LOPE. (Después de hacerlo cubrirse.) Quién es vuesa merced y cuáles sus intentos?

CAB. Hijo nascí de aquel famoso capitán Diego Nuñez de Montilla, que llevado de muy cristiana idea, con el marqués de Priego, arrasó en Córdoba la casa en que sus maldades ejercía ese maldito tribunal que llaman de la fe, y que llamar de la iniquidad debieran.

LOPE. Prosapia ilustre teneis.

CAB. Atenta á este solo hecho la Inquisicion, que en sed de venganzas arde, al hijo persigue por las culpas que al padre difunto atribuye; y echando sobre mí la mancha de luteranismo, conseguido há que todas las puertas se me cierran, y que las gentes nobles ó plebeyas me huyan como si leproso fuese; y á tal extremo su inquina lleva, que por escapar á su brasero y al fanatismo de mis conciudadanos, que vivir tengo retraido en lo más áspero é intrincado de Sierra Morena, seguido sólo de algunos fieles servidores de mi padre, como yo de secretarios de Lutero acusados.

LOPE. Prosiga vuesa merced.

CAB. Las puertas de la nobleza andaluza, á que pertenezco, cerradas me están por ende, y por ende á la luz salir no puedo sin grave riesgo de muerte. Aquí estoy de ese peligro á pesar, y en el castillo de Gaucin entrar pretendo no obstante; ved si razon cumplida para ello tendré, cuando en esta empresa nada ménos que la existencia aventuro; y si aún dudáis de la razon que me asiste, esa carta leed, que puesto que hombre honrado sois, y en tal aprieto me veo, no temo fiar de vos

su contenido. (Dáale una carta que Lope lee para sí.)

MELCH. (Á los suyos.) Daos prisa, que la hora de dar comienzo á grandes pasos se avecina.

CAB. (En sus manos mi remedio está; cuanto pude hice por mí y por ella; á Dios toca hacer lo demas.) (Acaba Lope de leer.)

LOPE. Señor Caballero, de mi cuadrilla sois.

CAB. Dios os lo pague.

ESCENA XIV.

DICHOS, ESCAMILLA, MENCIGÜELA.

ESC. (Baja corriendo y jadeando por el foro.) Válame Dios!

LOPE. El mayordomo del marqués.—Asid de un martillo y ayudad á poner el tablado. (Lo hace.)

MENC. (Á Lope.) (Encerrado el viejo queda como jilguero en jaula.) (Saliendo del meson.)

ESC. Amigo Lope...

LOPE. (Rápidamente al Caballero.) (Tomad vuestra carta.)

ESC. Señor maestro?

LOPE. (Guárdala tú.) (Á Mencigüela, viendo que el Caballero no puede tomarla. Esta se la guarda en la escarcela.) Vamos! Vamos!— Señor mayordomo?

ESC. Como hay tanto negocio dentro de esta cabeza, olvidéme de hacerle una advertencia. (Váse Mencigüela.)

LOPE. Diga.

ESC. Ante señores va á representar; que no haya en la farsa palabra obscena ó gesto lascivo, que eso y más merece el respeto de la casa del señor marqués.

LOPE. Por respeto *mío* y del arte que profeso, eso hago yo donde quiera que voy!

ESC. No se ofenda. Dispense. (Se oyen los clarines que preceden al municipio.)

LOPE. Por dispensado. (Yéndose entre los suyos.)

ESC. Válame Dios! Válame Dios! (Váse.)

LOPE. Á representar aprestémonos, que ya nuestro auditorio se aproxima. Esa manta. (Indicando que la corran.)—Melchor, vamos adentro.

(Durante las escenas anteriores, Melchor y sus compañeros, luego ayudados por el Caballero, han alzado el tablado junto al lienzo de pared del meson, quedando una ventana de antepecho que hay en éste, sirviendo de ingreso á la improvisada escena. Atan una cuerda desde la columna que hay en el centro del teatro á un jabalcon de la fachada, y arrojan sobre ella un tapiz viejo ó manta en la parte que forma ángulo el tablado con la fachada del meson. Otro tapiz echarán sobre el tablado. Cuando Lope y los suyos desaparecen, ya debe estar la escena invadida por la comitiva que antecede al concejo.)

ESCENA XV.

BLAS, ÁGUEDA, ANTON, INESILLA, PUEBLO de todos sexos y edades,
LOPE, RUFINA, MENCIGÜELA, MELCHOR, el CANÓNIGO, el CABALLERO
NEGRO.

Aparece la corporacion; los chicos trepan á los árboles; el fondo coronado de gente.

BLAS. Pase Marimorena. (Callan los clarines.)

ANTON. Antes el Acebuchal.

BLAS. No ha de ser sino el huésped, que el que hospeda, detrás debe ir.

ANTON. Es cortesía del Acebuchal.

BLAS. Es justicia que Marimorena merece.

ANTON. (Aprestad los garrotes para cuando la fiesta medie.)

BLAS. (Trancazo y tentetieso cuando embobados en la fiesta estén.) (Varios mozos del meson han sacado sillones y bancos.)

AGUEDA. Plaza á la alcaldesa.

ANTON. Las faldas en el lugar primero.

AGUEDA. Es cortesía de Marimorena.

ANTON. Es justicia que el Acebuchal se merece.

BLAS. Ah de la farsa! que una alcaldesa y dos alcaldes esperan. (Ya sentados.)

MELCH. Allá la farsa va. (Dentro.)

NES. (Agora se verá quien más puños tiene; si el Acebuchal,

- si Marimorena.) (Al grupo en que está.)
- LOPE. Señores alcaldes, señores vecinos de esta villa y forasteros... (Sobre el tablado, y con la capa terciada.)
- AGUEDA. Bien pudiera haber nombrado á la alcaldesa! (Alborotada.)
- LOPE. Señora alcaldesa... y demas nobles damas del concurso. Á representar venimos un paso llamado *Las aceitunas*, de esta cabeza salido: su sal y su pimienta tiene el aliño. Perdon por nuestras faltas demandamos ántes de empezar.
- BLAS. El alcalde le otorga. (Lope se vuelve á quitar el sombrero.)
- LOPE. Este tablado figura ser una calle, y esa ventana la puerta de una casa que á ella dá. Cuando las guitarras acaben, *Las aceitunas* tendrán comienzo. (Váse y suenan las guitarras detrás de la cortina.)
- ANTON. Aceitunas dijo? No hubieran estado mal para hacer boca con vuestro montilla, alcalde hermano.
- CANON. Señores... (Saliendo del meson, y al grupo que allí está sentado. Le ofrecen un sillón.)
- CAB. (El Canónigo Machado!) Señor Canónigo? (Dios me lo envía.)
- CANON. (Vos aquí! (Levantándose sobresaltado.)
- CAB. Que consultaros tengo en secreto de confesion un caso de conciencia.
- CANON. Seguidme, no os vean, desventurado!) (Entránse..)
- INES. Silencio; que la farsa comienza. (Cesan las guitarras.)
- BLAS. Silencio!
- TODOS. Ay! el bobo! el bobo! (Al ver salir á Melchor al tablado por detrás de la manta. Trae grandes barbas, sayo, alforjas y vara. Grandes risas.)

Comienza la representacion del paso de Lope de Rueda. (1)

(1) Imprimese este paso tal como está en las *Obras de D. Leandro Fernandez de Moratin*, dadas á luz por la Academia de la Historia en 1830.

Para evitar confusion, pónense al márgen los nombres de los personajes de drama, en el lugar que ocupar debieran los del paso.

PERSONAS.

TORUVIO, simple viejo..... MELCHOR.

ÁGUEDA DE TORUÉGANO, su mujer.... RUFINA.

MENCIGÜELA, su hija..... MENCIGÜELA.

ALOJA, vecino..... LOPE.

MELCH. «¡Válame Dios, y qué tempestad ha hecho desd' el res-
»quebrajo del monte acá, que no parecia sino qu' el
»cielo se queria hundir y las nubes venir abajo! Pues
»decí agora qué os terná aparejado de comer la señora
»de mi mujer, así mala rabia la mate. ¿Oíslo? mochacha,
»Mencigüela. Sí, todos duermen en Zamora. Águeda
»de Toruégano, ¿oíslo?» (Da con la vara.)

ÁGUEDA. Águeda dijo! Eso es desacato á la alcaldesa; que así me llamo.

INES. Silencio!

TODOS. Silencio!

MENC. «Jesus, padre! Y habéisnos de quebrar las puertas.»
(Saliendo por la ventana al tablado.)

MELCH. «Mira qué pico, mira qué pico, ¿y á dónde está vuestra
»madre, señora?»

MENC. «Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar
»á cocer unas madejillas.»

MELCH. «Malas madejillas vengan por ella y por vos: andad, y
»llamalda.»

RUF. «Ya, ya el de los misterios: ya viene de hacer una
»negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe
»con él.» (Sale por entre la fachada y la manta.)

MELCH. «Sí, carguilla de leña le parece á la señora: juro al
»cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á carga-
»lla, y no podíamos.» (Váse Mencigüela por detrás de la cor-
tina.)

- RUF. «Ya, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venis!»
- BLAS. Así son ellas.
- AGUEDA. Porque ellos los que escriben son.
- TODOS. Chist! (Indignados porque interrumpen.)
- MELCH. «Vengo hecho una sopa d' agua. Mujer, por vida vuestra que me deis algo que cenar.»
- RUF. «¿Yo, qué diablos os tengo de dar sino tengo cosa ninguna?»
- BLAS. Miren la mala mujer, y cómo al marido trata.
- ANTON. Por la herida resuella, hermano.
- AGUEDA. Marido! (Pellizco.)
- BLAS. Ay! (Mencigüela sale por donde se fué)
- MENC. «¡Jesus, padre, y qué mojada que venia aquella leña!
- MELCH. «Sí; despues dirá tu madre qu' es el alba.
- RUF. «Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que »cene tu padre, y hazle luego la cama: (Váse Mencigüel, »por la puerta.) y os aseguro, marido, que nunca se os »acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que »rogué que plantásedes.»
- MELCH. «¡Pues en qué me he detenido, si no en plantalle como »me rogastes!
- RUF. »Calla, marido, ¿y adónde lo plantastes?
- MELCH. »Allí junto á la higuera breval, adonde si se os acuerda »os dí un beso.»
- BLAS. Y á vos se os acuerda, mujer?
- AGUEDA. Calle el camueso!
- INES. Camueso dijo?
- BLAS. Dícelo, porque luego me casé con ella.
- VARIOS. Calle el Acebuchal.
- OTROS. Calle Marimorena.
- MENC. (Sale por la ventana.) «Padre, bien puede entrar á cenar »que ya está adrezado todo.»
- RUF. «Marido, ¿no sabeis que he pensado? Que aquel renuevo »de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó »siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, »y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí

»á veinte y cinco ó treinta años terneis un olivar hecho
»y drecho.

MELCH. «Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser
lindo.»

BLAS. Espera tenerlo para alabarlo!

ANTON. Silencio!

RUF. «Mirá, marido, ¿sabeis qué he pensado? Que yo cogeré
»el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Men-
»cigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que
»te mando que no las des menos el celemin de á dos
»reales castellanos.»

INES. Si han bajado!

BLAS. Calle la mesonera... (y prevenga á los demas.)

ANTON. (Alerta, marimorenos.) (Uno le enseña la boca del trabuco que
oculta.)

MELCH. «¿Cómo á dos reales castellanos? ¡No veis qu' es cargo
»de consciencia, y nós llevará el almotacen cad' al dia
»la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por
»celemin.

RUF. «Callad, marido, qu' es el veduño de la casta de los de
»Córdoba.

MELCH. «Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta
»pedir lo que tengo dicho.

RUF. «Hora no me quebreis la cabeza; mira, mochacha, que
»te mando que no las des menos el celemin de á dos
»reales castellanos.

MELCH. «Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á
»cómo has de pedir?

MENC. »Á como quisiéredes, padre.

MELCH. »Á catorce ó quince dineros.

MENC. »Así lo haré, padre.

RUF. »¿Cómo así lo haré padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo
»has de pedir?

MENC. »Á como mandaredes, madre.

RUF. »Á dos reales castellanos.

MELCH. «Cómo á dos reales castellanos? Y' os prometo que si
»no haceis lo que y' os mando, que os tengo de dar mas

- »de doscientos correazos. ¿Á cómo has de pedir?
- MENC. »Á como decis vos, padre.
- MELCH. »Á catorce ó quince dineros.
- MENC. »Así lo haré, padre.
- RUF. »¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y' os mando.
- MELCH. »Dejad la mochacha.
- MENC. »¡Ay madre! ay padre! que me mata.» (Mencigüela sigue corriendo de un lado á otro recibiendo correazos.)
- VOCES. Dejala! dejala!—Así! así! Dále! No la dés.
- BLAS. Anda morena!
- ANTON. Agora verá si Marimorena anda! Mochachos!
- BLAS. Aquí del Acebuchal: que hablen nuestros palos los primeros. (Gritos de las mujeres, confusion general.)
- ANTON. Los nuestros ántes.
- AGUEDA. Dejadlo para cuando se acabe. (Colocándose en el centro y dominando todas las voces.)
- INES. Dejadlo!
- OTROS. Silencio! silencio. (Sale Lope al tablado por detrás de la cortina.)
- MELCH. Silencio! Que va á hablar el maestro! (Silencio general.)
- LOPE. «¿Qu' es esto, vecinos? Por qué maltratais ansi la mochacha?
- RUF. »¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa: unas aceitunas que son como nueces.» (Llora.)
- AGUEDA. Tú qué sabes si no son nascidas?
- TODOS. Deje oír.
- MELCH. «Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.
- RUF. »Si son. (Llorosa.)
- MELCH. »No son.
- LOPE. »Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.
- RUF. »Averigüe ó póngase todo del quebranto. (Váse lloriqueando.)
- LOPE. »Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

- MELC. »Qué, no señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad. (Riéndose.)
- LOPE. »Pues traeldas aquí, que y' os las compraré todas al precio que justo fuere.
- MENC. »Á dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin. (Gimoteando.)
- LOPE. »Cara cosa es esa.
- MELCH. »¿No le parece á vuesa merced?
- MENC. »Y mi padre á quince dineros. (Con el corazon encogido.)
- LOPE. »Tenga yo una muestra dellas.
- MELCH. »Válame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y qu'ella la cogería, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, y que á fuerza de drecho había de pedir á dos reales por cada celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistion.
- LOPE. »¡Oh qué graciosa quistion! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?
- MENC. »¿Qué le parece, señor?» (Llorando desconsoladamente.)
- ANTON. (Anton Palomeque.) (Para sí y comenzando á comprender.)
- BLAS. (Blas Zambrano.) (Id., id.)
- MELCH. »No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, que y'o prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.
- INES. Larga la llevas. (Con mofa.)
- LOPE. »Hora, andad, vecino, entraos allá dentro, y tené paz con vuestra mujer.
- MELCH. »Á Dios, señor. (Váse y Lope se dirige al auditorio.)
- LOPE. »Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas y ya las habemos visto reñidas.» (Gran confusion. Victores.)

AGUEDA y ANTON. Agora! (Cada uno á los suyos.)

(Cada cual saca las armas que tiene ocultas y va á lanzarse sobre su contrario. Unos enarbolan los garrotes, otros levantan los bancos y taburetes para dejarlos caer, las mujeres y chicos gritan y se ocultan donde pueden. Algunos apuntan con los trabucos y pedreñales. Blas Zambrano se lanza sobre uno de estos y dice: «Alto» de modo que todos puedan oírlo, y se dirige á Palomeque con sorna y malicia.)

BLAS. Alto!—Anton hermano, habedes plantado el voto en Córtes de Marimorena?

ANTON. ¿Y habedes vos echado á la tierra el del Acebuchal?

BLAS. (Con desesperacion.) ¿No está el voto plantado y habemos de verle reñido?

ANTON. (Asustado de lo que iban á hacer.) Alto, marimorenos; que el paso un Evangelio es, y tiempo queda de andar á la greña.

BLAS. Acebucheños, alto; que la farsa es la verdad: ¿para qué ha de haber quistion hasta que el voto conseguido sea? (Conmovido.)

ANTON. Victor los faranduleros! (Id.)

TODOS. Victor! (Se abrazan los alcaldes.)

LOPE. Esta es la victoria del arte!

BLAS. Apriete, hermano. (Música dentro.)

ANTON. Hermano, estrujé. (Abrazándose de nuevo, y algunos de los distintos pueblos los imitan con gran aprobacion de todos.)

AGUEDA. Qué titiritaina suena?

INES. (Desde lo más alto del foro.) La desposada! La desposada!

AGUEDA. Quién se viera en otra! Vamos! (Todos van en tumulto hácia el foro. El Canónigo sale del meson apresuradamente y llama á Lope muy conmovido y con ansiedad.)

ESCENA XVI.

LOPE, el CANÓNIGO.

CANON. Lope!

LOPE. (Saltando del tablado.) Gran triunfo de conseguir acabo, que dos pueblos á reñir aprestados, por el ejemplo de

mis Aceitunas, abrazarse veo. (Loco de entusiasmo.)

CANON. Triunfo mayor de tu ingenio aguardo.

LOPE. Hable.

CANON. Escucha.—Acabo de saber que en este pueblo ocultan un niño robado á sus padres y que, amenazando con darle muerte, obligan á una mujer á pronunciar un juramento sacrilego tal vez esta noche misma. Hay que averiguar dónde ese niño está y arrancarlo de manos de quien tan inicua arma hace de una inocente criatura. Ó esa desdichada pronuncia el falso juramento, ó el niño muere. Este el caso es.

LOPE. Mas cómo quiere vuesa merced que eso yo averigüe? Cuando el paternal cariño á esa criatura no ha encontrado, señal que bien oculta la tienen. Difícil cosa vuesa merced me pide.

CANON. Si fácil fuera, á tu ingenio recurriría?

LOPE. Desde cuando está el niño en este lugar?

CANON. Dos meses há, poco más ó menos.

LOPE. Quién le trujo?

CANON. Un hombre que con él entró en ese meson, y con él salió á poco, tornando una hora despues.

LOPE. Señal es esa de que cerca le dejó; mas no de si vivo ó muerto.

CANON. Vivo!

LOPE. Sus señas?

CANON. Un ángel.

LOPE. Quién os lo dijo?

CANON. Su padre creo.

LOPE. Eso lo dicen todos. (Sonriéndose.) Su edad?

CANON. Un año.

LOPE. Entónces aun necesita nodriza.

CANON. Así es.

LOPE. Ya tengo un hilo.—Sí, sí... Haré del juglar, haré del histrion; el arte me perdonará por esta vez. (Hablando consigo mismo y meditando á un tiempo.)

CANON. Inventaste modo?... (Ansiedad.)

LOPE. Os dije que un hilo tengo. Dejadme, dejadme devanar

- la madeja. (Gritos y ruido en el meson.)
- CANON. Oiste? Esos gritos, ese ruido?
- LOPE. (Ah! maese Andrade es.) No os cuideis de ello. Id y contad á los del pueblo cómo aquí los aguardo para un caso importante, y dejadme lo demas.
- CANON. Dios te ilumine! (Váse.)
- LOPE. Pensando en Él y en Rufina, cuanto bueno escribí me ha ocurrido: los dos me iluminarán.

ESCENA VII.

LOPE, MAESE ANDRADE, INESILLA, MOZOS y MOZAS del meson, despues
MENCIGÜELA, RUFINA, y más tarde MELCHOR.

- AND. (Dentro.) Soltadme, canalla mesoneril, gente soez y menguada!
- INES. Pagad el daño. (Lope se oculta detrás del pozo.)
- AND. Yo encerrado! (Saliendo descompuesto y frenético.) Adónde está ese follon, malandrin, villano harto de ajos que llaman Lope de Rueda?
- INES. Pero señor forastero! Está furioso.
- LOPE. (Como loco que es.) (Á Inesilla desde donde está.)
- INES. Loco!
- TODOS. Eh? (Separándose.)
- AND. Quién es el bellaco que loco me llama? No hay justicia en este pueblo? Señor alcalde! señor alcalde!... (Váse.)
- INES. Guarda el loco! (Siguiéndolo.)
- TODOS. Al loco! Al loco!
- MENC. Al loco! (Saliendo del meson y dirigiéndose tras los mozos.)
- LOPE. Quieta. (Saliéndole al encuentro.)
- MENC. Déjame que un guijarro le tire. Si el cuerpo á sazón no huyo, la cabeza me quiebra con una alcarraza de la Rambla... Por mí santiguada que el poco juicio que tenia perdió.
- LOPE. Por la pena curarse há. Mas libres de él nos vemos y asunto más grave mi cerebro embarga. Di á Melchor que venga con su tamborino. (Mencigüela se detiene al oir á Rufina, que pálida y descompuesta sale del meson.)

- RUF. Lope! Lope! al fin te hallo.
- LOPE. Qué es aquesto, Rufina?
- MENC. ¿Qué terror tu rostro refleja?
- RUF. Nada, Lope. Sácame presto de este lugar.
- LOPE. Mas á dónde ir pretendes?
- RUF. Lejos, muy lejos.
- LOPE. ¡Hay quien ofenderte h. ya osado?
- RUF. Ojalá que de ofensa se tratase!
- MENC. Qué ocurre, madrecica?
- LOPE. Habla, Rufina, que sin vida me tienes. ¡Habla!
- RUF. Retirada á mi estancia cuando el paso terminado fué, al momento que del traje que para representar vestido habia me despojaba, en la calle escucho tropel de caballos y alegre vocerío mezclados al confuso rumor de músicas lejanas: á la celosía me lanzo, de no sé qué impulso conducida, y á través de la nube de polvo que el espacio llenaba, bien que heridos los ojos por el relumbrar de armas y arneses, que á los rayos del sol de fuego parecían, paráronse curiosos en la muchedumbre de vistosas cintas, de ricos plumajes y costosas galas, que á caballeros y caballos cubrían, mar movible de luces y colores que bajo el mirador de mi aposento se agitaba. Un corcel en esto se encabrita, y por la espuela enfurecido, lanzar de la silla á su jinete amenaza; todos corren al caballero; mis ojos la corriente siguen, y á quién dirás que toparon? Á don Félix, Lope! á don Felix, Mencigüela! á aquel don Félix de Avendaño, cuyo nombre aprendiste de mis labios dormidos! (Con espanto.)
- LOPE. Aún amas á ese hombre? (Desesperacion.)
- RUF. Yo!
- LOPE. ¡Ay, Mencigüela, Mencigüela mia, y qué sin ventura nascí! (Grito del corazon y cogiéndole las manos.)
- RUF. (Para sí.) Esto es amor? No, no. Odio y espanto es lo que su presencia me inspira.—Lope, llévame de aquí; llévame presto adonde sin verle felices vivamos!
- LOPE. Feliz yo? Rufina, Rufina! el corazon se me viene á la

boca y por ella salir intenta. En menguada hora venido al mundo fui, si cuando el estado de tu ánima descubro, el remedio que en hablar estriba, por seguir callando pierdo.—Rufina!... (Se ve acudir gente por todas partes.) Pero ¿qué voy á hacer?—La gente llega. Melchor, el tamborino! Cruja el parche y á los del pueblo congregate! No es ocasion esta de ser hombre: aquí no hay más que un juglar; un miserable histrion que va á subir al tablado á engañar á cuatro necios con una sarta de sandeces.—No, no; al tablado no; que profanarlo sería.—Un taburete, un banco sobre el que suba el vago y truhan de estos reinos, como el Rey Sabio me llamaría.—Fuerte en el tamboril, Melchor, hasta que el parche estalle... (Ahogado por el llanto y en el más terrible desconsuelo.) (y así estallára en pedazos roto este lacera-do corazon!) (Melchor da golpes en el tamboril.)

RUF. Lope! Lope!

LOPE. Rufina!... (Conteniéndose de nuevo.)

MENC. Padrecico! (Muy por lo bajo súbitamente y ahogando el llanto.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, VECINOS y VECINAS que han ido llegando. INESILLA, ÁGUEDA PERALTA, EL CANÓNIGO, y el CABALLERO al paño, los ALCALDES.

LOPE. (Subiéndose en un banco.) Vecinas de esta noble villa del Acebuchal, casadas ó viudas y aun doncellas diria, si con la doncellez reñido no estuviera lo que á deciros voy.—Casadas y viudas de la villa, atencion y ojo al cristo que es de plata, y aguzad las orejas, que asunto trato que del oido pende.—Cien doblones en esta bolsa hay tan lindos y relucientes, que un sol cada uno semeja; cien doblones que para hacer mal fueron dados, y que quien los tomó, no haciendo lo que de él pretendian, en descargo de su conciencia á una buena obra destinado há.

Todos. Victor! Victor!

- LOPE. Tamborilazo y tente perro, *Melchor!*
CAB. (Qué es esto?
CANON. Callad!)
- LOPE. Á la más paridera hembra de este pueblo, á la que más muchachos suyos ó ajenos amamantado haya, esta bolsa se dedica en pago de los malos dias y peores noches que con sus mordiscos y lloriqueos le produjeran. Viudas y casadas del Acebuchal,—y con las doncellas no hablo por lo que dicho dejo,—¿cuál de vosotras mayor número de mamones ha alimentado?
- UNA. Yo cuatro!
OTRA. Yo seis!
OTRA. Yo diez! (Gritando á cual más. Risas de los hombres.)
AGUEDA. Yo doce!
INES. Trece mi madre!
AGUEDA. No sino doce como yo.
INES. Que son trece, señor Lope.
AGUEDA. Cuando á gloria tocaban por el último que hubo... «Este hacia la docena completa,»—me dijo llorando. Doce son no más.
INES. Trece!
AGUEDA. Doce!
LOPE. Docena de fraile será, señora Águeda Peralta.
INES. Trece cabales. (Ya incomodándose las dos.—Risas y burlas)
AGUEDA. Doce repito.
INES. Y el que agora cria?
AGUEDA. Criar agora? Cuando há dos meses tornó tu padre, tras un año de ausencia, muriósele su niño de pecho. ¿Qué mujer honrada como tu madre, aunque borracha, lo es, hijo amamanta á los dos meses de ser tornado el marido un año ausente?
INES. La que ageno lo criá.
LOPE. {
CAB. y { (Ah!)
CANON. }
- AGUEDA. Y cómo en el pueblo se ignora?
INES. Como mi madre en el cortijo de los Alijares vive, y á

nadie de sus actos que rendir cuenta tiene.

AGUEDA. Con vino lo criará la grandísima borracha.

INES. Ella será la grandísima...

MELCH. (Dando grandes golpes en el tamboril.) Aprieta, manco.

LOPE. Alto! que el bolson es de tu madre, Inesilla. (Gran gritería.)

BLAS. Silencio!

AGUEDA. Marido, tú tienes la culpa. (Le pellizca.)

RUF. (Pero se ha vuelto loco?)

MENC. Sin duda que lo pasesce.) (Sigue la gresca.)

CANON. (Lope amigo!

CAB. Señor Lope! (Le estrecha la mano.)

LOPE. Sé dónde está: rescatarle á mi cargo queda.)

RUF. Hermano!

MENC. Padrecico!

LOPE. (Rapidez.) Presto, Melchor! Engancha la carreta: llevad á ella el arreo de la farándula: ¡en camino la farsa de Lope de Rueda!—Algun bien en las aldeas dejamos hecho: vamos á los palacios de los grandes, que esos más que los lugareños consuelo y enseñanza han menester. ¡Al castillo de Gaucin, compañeros! (Al Caballero.) (Á los Aljares voy!) Al castillo de Gaucin!

CAB. (La vida me dais!) (Á Lope.)

LOPE. Alegría, compañeros, alegría, y en marcha, que adonde la farsa va, el contento la sigue. (Ay, pobre pecho mio y cómo te lastiman y despedazan!)

RUF. Lope! (Con gran ansiedad.)

LOPE. (Al oírlo se estremece y exclama con tono seco.) En marcha, en marcha!

PIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

Galería en el castillo de Gaucin.—Puerta y mirador al foro.—Puerta á derecha é izquierda.—Noche de luna.—Luz en la escena.

ESCENA PRIMERA.

ESCAMILLA, ANDRADE. Ambos salen por el foro. El primero perseguido de cerca por el otro.

Esc. Válame Dios, válame por abrumado, que no sé cómo tengo cabeza para tanto asunto.—Veamos si la capilla está aparejada. (Éntrase por la puerta de la derecha.)

AND. Por aquí entró: lo que es esta vez no se me escapa. (Escamilla sale sin ver á Andrade.)

Esc. Bien! bien!—Hora á ver si el maestresala dispone la cena como es debido. Válame Dios, válame Dios! (Dirigiéndose al foro.)

AND. Eh? señor Escamilla!

Esc. Si es de la comitiva del señor duque, á la cámara verde.—Ah! ¿sois vos otra vez!

AND. Como que vuesa merced se me escapa de entre las manos!...

Esc. Como que tengo que estar en todo, y como que para todo me falta el tiempo!

AND. No, pues lo que es agora no le dejo sin que me es-
cuche.

Esc. Es que el maestresala...

AND. No hay mas maestresala sino que yo hé menester ha-
blar con el señor marqués.

Esc. ¡Hablar á su excelencia en dia de sus bodas y con tanto
noble convidado!

AND. Requisitoria traigo del asistente para prender á la cua-
drilla de farsantes, que en este su palacio se alberga;
alguaciles me acompañan, que fuera han quedado por
respeto á la grandeza de la casa; y no es bien que á
hombre que de tales cartas es portador y en tal com-
pañía es venido, se le niegue la audiencia necesaria
para poner por obra lo que encomendado tiene.

Esc. Amigo, en estas casas tanto monta un asistente de Se-
villa como un fraile franciscano; y más no insista, no
llame á los pajes, y le hagan danzar en una manta!

AND. Manta á mí! (Fuera de sí.)

Esc. ¡No sino al cura!

AND. Voto á mi santo patron!

Esc. No vote, que habla con mayordomo del marqués de
Gaucin!

AND. Mayordomos á un vecino de Sevilla! Hora verá en lo
que los tengo!

Esc. Favor al re y! (Al verlo terciarse la capa para irsele encima.)

ESCENA II.

DICHOS, MELCHOR, por la puerta izquierda.

MELCH. Por si es á Gaspar ó Baltasar, aquí está Melchor.

AND. Melchorico! (Con sañudo placer.)

MELCH. Maese Andrade! (Topado ha Beltran con su can.)

AND. Cómo, don ladron, don bellaco, don facineroso, aquí
estábades vos?

MELCH. Aquí me estaba, señor maestro, fabricando la escala que
en el paso es menester, y que concluir no puedo por
falta de sogá.

AND. Esa en el pescuezo he yo de ponerte; que te he de ver colgado como podenco en barbacana. ¡Qué dices?

MELCH. Que de acontecer eso, tengo por cierta cosa que perderé las ganas de comer. (Bobeando.)

AND. Burlas y chacoteas conmigo! (Yéndose á él.)

ESC. Paz, hidalgos, paz; que hay mucho que hacer en casa.

AND. Pues por santa Justa y Rufina!...

MELCH. Pues por san Isidoro y san Hermenegildo!...

ESCENA III.

DICHOS, el CANÓNIGO, por el foro.

CANON. Los santos quedos, que no es bien tomar en boca lo sagrado.—Maese Andrade!

AND. Señor Canónigo!...

CANON. Qué es esto, señor mayordomo? ¿en noche de tan gran regocijo hallo gente riñendo en esta estancia?

ESC. Cosas de faranduleros son, que ántes de haberlos yo traído al castillo, debírame Dios haber muerto, segun con sus querellas me privan de acudir á donde debo. Ya dije á vuesñoria la pretension de ese buen hombre.

CANON. Maese Andrade, tenga prudencia; que en casa está que gran respeto meresce.

AND. Pero he yo de dejar que estos malsines, vacíos y menaguados, tras de burlarme como sabeis, chacoteen á costa mia!

CANON. Maese, vea á Lope y á mi ahijada con la mesura debida, y ellos le satisfarán, que otra cosa no desean.

AND. Pero...

CANON. Melchor; lleva á tu maestro á donde los compañeros están repasando *La Eufemia*, una donosa farsa que Lope ha escrito, y que esta noche han de representar despues del casamiento.

MELCH. Mas, señor Canónigo!...

CANON. (Que no los vea hasta que se refresque.

MELCH. Se refrescará!—Sígame usarcéd, señor maestro.

- AND. Siguíerate yo con una vara de acebuche. Dios guarde al señor Machado y la compañía. (Mirada feroz á Escamilla.)
- CANON. Y con él vaya.
- AND. (Si yo fuera inquisidor! ¡qué fritura!) (Desaparece.)

ESCENA IV.

EL CANÓNIGO, ESCAMILLA.

- ESC. Medrados estamos, señor Canónigo! Traigo á esos far-santes por consejo de useñoría para divertir al marqués, y ved que gentil diversion le procuro si la justicia tras ellos anda, y en casa se nos mete en dia de bodas.
- CANON. Él sabe que es fuero de esta casa que en ella no entre sayon del rey, y tanto se le da de la justicia como á mí de los cernicalos que en estos torreones anidan. (Señalando á los que se ven desde el mirador.) Haga el señor mayordomo entrar en la repostería á los alguaciles; déles viandas y vino á su placer, y no le importe de ello un ardite.—Á ver venia si la capilla está dispuesto para la ceremonia.
- ESC. Aparejada como á los novios y al celebrante cumple.
- CANON. De tan mal talante los desporados están, que piénsome que poco reparen en aparejos.
- ESC. Qué dice su señoría?
- CANON. Hum!... señor Escamilla! Esa dolencia de la novia, que tan á deshora la acometió y que hizo suspender el casamiento hasta mañana, tengo para mí que no es buen presagio.
- ESC. Habráse acordado que estuvo tratada de casar con el marqués difunto, y temerá que este se le vaya tambien de entre las manos.
- CANON. Otra muy diferente cosa entre los convidados se murmura.
- ESC. Hablillas de envidiosos.
- CANON. No me niegue el señor mayordomo, que si hablillas son, pábulo les da lo que pasa, que es para hacer entrar en sospecha al ménos maligno.—Déjase para mañana la

boda por mala salud de la novia; y cuando todos pensaban que así sería, dáse de repente orden para que se verifique ántes de una hora. Llena la casa está de convidados, á quienes se trata á cuerpo de rey, dicho sea en honor del señor Escamilla; mas rey y reina los desposados parescen, puesto que retraídos en sus respectivas cámaras de nadie se dejan ver, excepcion hecha de este pobre capellan, que puede asegurarnos que ni el uno ni la otra tienen cara de fiestas, y que en muchos casamientos, que celebrados lleva, nunca ha visto contrayentes en guisa tal. Misterios hay aquí que á penetrar no alcanzo; mas gran contentamiento recibiría de que otro fuera quien esta union bendijese.

ESC. Y en qué casa grande no hay misterios!

CANON. Cuántos de las dos, que hoy van á hacerse una, sabrá el buen Escamilla!

ESC. Algunos, señor Canónigo, algunos.

CANON. Si esta pobre señora no se casara de buena voluntad!...

ESC. Qué cosas piensa vueseñoría!

CANON. Uno lo que veo con cierto caso de consciencia, que en secreto de confesion consultado me ha sido, y siento algo que á escrúpulo se parece al disponerme á administrar al marqués y doña Araceli el santo sacramento del matrimonio.

ESC. Chacotero que está vueseñoría! (Queriéndolo echar á broma.)

CANON. Tratando cosas sagradas, no cabe chacota en un ministro del altar. (Con gravedad.)

ESC. Perdóneme que no lo dije en son de ofensa, y en gracia de que mi célebro tan ocupado se halla, que no es mucho que desvarie.

ESCENA V.

DICHOS, LOPE, RUFINA.

LOPE. Gracias á Dios que echo la vista encima al señor Ca-

nónigo Machado! (Muy regocijado.)

CANON. Lope amigo? Hija Rufina!

ESC. Ah!... las libreas de los pajes! Válgame Dios! (Váse apresuradamente.)

RUF. Por cierto, señor padrino, que harta ventura es, entre tanta gente grande como le rodea, poder departir un rato á solas con usarced.

CANON. Desventura dijeras mejor, que lo que á buscaros me guía, no es asunto que albricias requiera.

RUF. Retrásase de nuevo la boda, y no habremos de representar *La Eufemia*?

CANON. No bodas se retrasan, que ántes se apresuran; mas para representar representantes son menester, y no estoy seguro de que estos tan libres vivan, que á su oficio dedicarse puedan.

LOPE. Dícelo vuesa merced por la venida de maese Andrade con los alguaciles? Beodos los dejo allá abajo en poder de lacayos y pajes de la casa, que no consentirán que diversion de sus señores se turbe.

CANON. No requisitorias de golillas me espantan, que ya sé lo que estos significan donde grandes señores median; mas nuevas que corren de lo que el Santo Oficio cree del naciente teatro, el ánima mia de atribulaciones llenan.

LOPE. Qué piensa de nosotros el tribunal de la fe?

CANON. Tiéneos por gente valdía y de Dios olvidada, que libremente vive como gitanos vagamundos.

LOPE. Así nuestro noble propósito se calumnia!

CANON. Así; y no será parte á desvanecer este mal pensamiento, que en las casas grandes la farsa se haga lugar, despues de ser festejada en aldeas y ciudades, que achaque de grandes es proteger gentes de mal vivir como los bufones, cantores y saltarinas al uso, por el placer que de ellos reciben.—Hijos, el anatema que contra el teatro se fulmina y que acaso le hará morir en la cuna, con gran perjuicio de la moral y la religion, estriba en creer que tú y Rufina no llevais la vida que

Cristo manda. Vosotros mutuamente os estimais; sois libres y jóvenes y buenos y cristianos y obligacion os corre de que esta calumnia muera por falta de alimento; á entrambos guia el mismo fin y las mismas esperanzas animan; ¡gentil pareja formais! ¿Á qué vivir sueltos en lengua de la gente, cuando con tanta honra vivir podeis unidos? Por qué no os casais?

LOPE. Señor Canónigo!

RUF. Padrino!

CANON. Meditad en lo que os dije; que quien os eche las bendiciones no ha de faltaros. (Váse á la capilla.)

ESCENA VI.

LOPE, RUFINA.

LOPE. Oyes, Rufina? No te provoca á risa como á mí la idea de tu padrino?

RUF. No.

LOPE. Cómo? Cómo, Rufina? Habla! La oyes, ya que no con placer; al ménos sin sorpresa?

RUF. Y por qué ha de sorprenderme lo que mi buen padrino dice?

LOPE. No?

RUF. Lope, todo el mundo nos tiene por marido y mujer, ó por algo que no es tan honroso y cristiano: el fraternal afecto que nos une, sabémoslo nosotros y sábenlo los que nos rodean; mas ni es ni puede ser al vulgo comprensible. ¿Qué hallas de extraño en que un sacerdote nos aconseje lo que á mi honra y al bien parecer satisfaria?

LOPE. Rufina, no hagas que funde alcázares en la arena ni que mi corazon se regocije con mentidas esperanzas de ventura! (Con frenética alegría y ansiedad.)

RUF. Qué ventura puede prestar la que ninguna tiene?

LOPE. La que en la gloria da á sus ángeles Dios, darme pudieras tú.

RUF. Lope, este es asunto para tratado á espacio, y no veni-

mos aquí para ocuparnos de nosotros.

LOPE. Si á otra cosa he venido, de ella no me acuerdo. ¿Qué me importa el ageno bien, cuando tan cerca me hallo de negociar el propio?

RUF. Prometido hemos á ese pobre caballero servir sus amores, á que ántes de poco dará fin desastroso un casamiento, que de no ser por tí impedido, causára una doble desventura. Tiempo nos resta de pensar en nosotros, pensemos en ellos.

LOPE. Ta nto te interesa la agena dicha? (Con amargura.)

RUF. Tanto, Lope hermano, como que salvar intento á una mujer que casar por fuerza tratan; y si tú salvado no me hubieras de trance igual, no podríamos hacer mañana lo que mi buen padrino nos aconseja.

LOPE. Rufina, Dios te bendiga! Dios te bendiga por el bien que me haces! (Cogiéndole una mano y besándosela.)

ESCENA VII.

DICHOS, MENCIGÜELA, sale por el foro.

MENC. Así! Así quiero yo veros, padrecicos míos!

LOPE. Hija!

RUF. Mencigüela!

MENC. No te avergüences! Ya quisiera la más encopetada dama topar un galan como ese para hartarse de reir! Ea, que no he visto romper el cántaro á más gentil pareja en el aduar!

LOPE. Mencigüela, Rufina no rechaza mi mano!

MENC. Pues, hijo Lope, no tengo yo ojos en la cara, que has menester contármelo? Que buena prueba os haga, y á la mano de Dios; que lo que á vosotros me traia, no por tan fausto suceso dilacion consiente en lo decir.

RUF. Cómo?

MENC. Sabeis en qué casa estamos?

LOPE. En la casa del marqués de Gaucin.

MENC. Y sabeis cómo este marqués se llamaba ántes de he-

redar á su hermano, muerto hará dos meses? Yo aca-
bo de oirlo.

LOPE. Y qué nos importa?

MENC. Algo sin duda.

RUF. Dilo por tu vida.

MENC. Ignoras pues, quién es el hombre, cuyas bodas vas á festejar como farsanta?

RUF. y LOPE. Quién?

MENC. Don Felix de Avendaño!

RUF. Don Felix!

LOPE. Oh!... (Ella lo sabía y por despecho pensaba en mí! Hu-
mo fué mi ventura; sopló el viento, y mi ventura voló á
la region de las nubes! (Grito del alma.)

RUF. Lope, hermano mio!

LOPE. Tu hermano, sí, Rufina sí.

RUF. Qué tienes?

LOPE. Nada; pienso que razon te sobra, y que no hemos veni-
do aquí para ocuparnos de nosotros.

RUF. Repites mis palabras de una manera!...

MENC. Eso! No siento lo que platicas, sino el retintin con que
me lo dices.

LOPE. Rufina, el tiempo apremia, y hora es de pensar en lo
que prometido habemos.

RUF. Es verdad. La nueva de quien es el hombre con quien
casar esa señora tratan, hace que mi interés por ella se
acreciente.

LOPE. No sabe disimular! (Desesperacion.)

RUF. Qué dices?

LOPE. Que dentro de breves instantes vendrá la novia aquí, y
que con la escala que Melchor en esa estancia tiene,
haréisla descender del torreón, hasta el lugar en que
la esperará conmigo su atribulado amante. No temas,
Rufina, que al librarla ya sé que te libro del obstáculo
que á tus dichas se opone.—Adios, hermana mia.

ESCENA VIII.

DICHOS, el CANÓNIGO.

CANON. Todo está á pedir de boca.—Habeis meditado en lo que os dije?

RUF. Si, padrino.

LOPE. Ello es cosa muy de pensar, y que á espacio tratarse debe.

CANON. ¡Si no es puñalada de pícaro! Pensadlo! tanto como bien os cuadre. (Ayúdame, gitanilla, que en casarlos trató.

MENC. Ayudadme vos á mí, que en eso ando más de un año há.

CANON. Hermosa noche, Lope amigo. (Con intencion.)

LOPE. Mejor que la pasada.

CANON. (Sabes algo?

LOPE. Que Dios nos proteja, y dentro de poco no habrá que temer.

CANON. En tí confío.) Adios, Rufina, y él haga que presto necesiteis de mí. (Váse por el foro.)

MENC. Dios te oiga, santo varon!

RUF. Oyes lo que dice?

LOPE. Y miro lo que piensas!

RUF. Antes miras lo que de mí más lejos se halla.

LOPE. Hermana, la que estorba tu dicha logrará la suya dándote lo que ambicionas. Yo te lo fio.

RUF. Lope! (Queriéndolo detener.)

LOPE. Yo te lo fio. (Ay de mí, que á dar voy lo que no tengo!) (Desaparece por el foro.)

ESCENA IX.

RUFINA, MENCIGÜELA.

MENC. Aun no asamos y ya pringamos? No es comenzado e amor y ya viene la celeria?

RUF. Imaginacion suya ha sido, que presto estará desvanecida.

- MENC. Trátamelo bien, madrecica, que el hombre lo vale.
- RUF. Héme de tratar mal á mí propia?
- MENC. Como discreta lo contestas; mas no como apasionada que yo te querria.
- RUF. Quiéresme como yo ser no puedo; que de tanto amar, todo el amor que en mí habia, gastado lo he.
- MENC. Bien quedará entre las cenizas una brasa para encender la lumbre.
- RUF. Boba que eres!—Pero el tiempo pasa, y esa dama no llega. Si acaso no le ha sido posible desaparecer entre la muchedumbre!
- MENC. Pobre Caballero Negro si tal aconteciera! Me agrada ese hombre por lo firme y lo enamorado. Discurria yo há poco con él por las alamedas del parque y á favor de la confusion, que en el palacio reina: penetrabamos en cierto jardin reservado, cuando á una reja hallamos una señora de blanco vestida, que imágen de la Virgen de Regla semejaba, á cuya vista el Caballero corrió desavorido, que su enamorada era, segun despues supe. Gratas nuevas hubo de darla, qué cuando á ellos llegué, la dama decia: ¡«¡Dios te bendiga, Fernando, pues salvado has lo que tanto quiero. El casamiento se apresura; mas media hora ántes de la ceremonia estaré en la cuadra á la capilla vecina, segun deseas, y tú serás mi esposo y otro ninguno no.» Y como yo llegase á este punto, dióme un beso que á la miel me supo por el amor que destilaba. (Todo ello con infantil complacencia.)
- RUF. Aquí nadie sorprenderla puede.
- MENC. Y cómo? En ese torreón solo está la capilla del castillo antiguo, hora desierta; en esotro tu estancia y mia, sin que ninguna de las dos tenga comunicacion con más cuadra que con esta. Esa puerta cerrada, (La del foro.) el campo es nuestro.
- RUF. Pero no viene, y la hora de la ceremonia se acerca.— Ah! Héla aquí. Señora! Presto, señora mia!

ESCENA X.

RUFINA, MENCIGÜELA, ARACELI, foro.

- ARAC. Estamos solas?
MENC. Mas bajo.
ARAC. Quitadme esta corona que me abrumba y me avergüenza.
RUF. Valor! (Mencigüela entra en el torreón.)
ARAC. Un ángel me lo presta.
RUF. (Quitándole la corona.) Vais á sustraeros á un juramento que sería sacrílego; vais á libraros de la desdicha eterna: cada peldaño de escala que bajeis, es un paso hácia la ventura. (Sale Mencigüela.)
MENC. Vamos presto! La escala está en su sitio, y el Caballero y Lope de Rueda os aguardan al pie del torreón.—¡Quisiera ver la cara que el señor desposado pone, cuando os llamen para ir al altar y no parezcais! (Éntrase.)
RUF. Presteza, presteza!
ARAC. Vamos. Una Ponce de Leon!...
RUF. Vamos. (Desaparece Araceli.)

ESCENA XI.

RUFINA, D. FÉLIX de AVENDAÑO.

Cuando ya se ha entrado Araceli y Rufina va cerrar la puerta del foro, Avendaño, que sale por la puerta izquierda de la galería del fondo, dice en voz baja y tono familiar.

- AVEND. Rufina?...
RUF. ¡Don Félix! (Quédase como clavada en la puerta izquierda.)
AVEND. Qué te espanta? No tornan ya los que á Flandes son partidos?
RUF. ¿Qué intentais? (Viendo que cierra la puerta del foro: ella cierra la otra.)
AVEND. Cerrada esa puerta (Tuerce la llave de la puerta izquierda y quédase con ella en la mano.) y estotra, (Corre el cerrojo de la

del foro) porque ahí dentro imagino que hay alguien...

RUF. Nadie!

AVEND. Cerradas, digo, no hay escape para tí.

RUF. Merced, don Félix!

AVEND. Deja esquivaces, que tan mal dicen con la belleza de tu rostro y la gentil apostura de tu persona toda.—¡Qué hermosa estás!—¿No te recuerda esta noche apacible y serena, las que en Sevilla, en la dichosa reja de tu huerto alumbraba la luna? Dábanos allí perfume las rosas y los suspiros, que tú mesma cultivabas; dánnoslos aquí esos olivares en flor, que de vista se pierden, esas adelfas que bordan las riberas de los arroyos, esa manzanilla, que sembrando de botones de oro la verde pradera, recrea la vista al par que el olfato. ¿No oyes el rumor lejano que el viento trae, mezcla confusa de ruido de can que ladra, de ruiseñor que canta, de brisa que entre las ojas bulle, de grillo que se alegra y de tórtola que arrulla? Esos rumores de la noche son el incentivo de los amoríos que pasaron y que á recobrar tornan la vida que tener solian: esos perfumes y esos olores son la naturaleza que nos dice: «Amaos de nuevo, como de antiguo os amabais, que yo con mi manto de tinieblas os cobijo.» (Don Félix al ir á arrojar la llave por el mirador ha quedado á la derecha.)

RUF. Mencigüela! Mencigüela! (Con la boca en la cerradura de la puerta izquierda.)

MENC. (Dentro.) La escala no llega al suelo! Socorro, Rufina.

AVEND. De donde lo esperabas te lo piden. (Mucha frialdad.) Ya ves que en mi poder estás, y que nadie prestártelo puede.

RUF. Mencigüela!

MENC. (Dentro.) Está pendiente del aire y sobre un abismo! Socorro, Rufina!

AVEND. Ignoro qué asuntos que te atañen, ahí dentro se ventilan: bástame con saber que nadie aquí socorrerte puede, y que á mi amor escapar te es imposible. Cerradas las puertas, no hay más salida que este mirador, y ve

- á que altura se halla; mi mano no alcanza á tocar las copas de los álamos seculares, que bajo de él crecen.
- RUF. Acórreme, Mencigüela! (Muévase la puerta.)
- AVEND. La puerta es harto firme para que derribarla puedan las flacas fuerzas de una mujer.
- RUF. Socorro! (Pasando al mirador al acercarse D. Félix.)
- MENC. (Dentro.) Dios nos le dé! Ah!
- AVEND. De más están los gritos donde nadie escuchalos puede. Esta parte del antiguo castillo, del palacio nuevo apartada, por lo lejana no consiente que adonde gente hay lleguen tus clamores.
- RUF. Pero el matrimonio celebrarse debe presto, y en breve acudirán aquí los que han de presenciarle, puesto que esa es la capilla.
- AVEND. Falta media hora para que ese momento llegado sea, y á más á más sin que yo lo ordene la comitiva no se pondrá en camino.
- RUF. Don Félix, por el amor que os tuve, que me respeteis!
- AVEND. Ese amor de que te buclaste, moviome á venir aquí tan presto como tu tío, que con requisitoria para prenderte á mí es venido, ha logrado verme; y por él sabido hé que la que tanto quise, es la dama de los faranduleros, que á festejar mis bodas son venidos. ¿Qué esperas de esa existencia errante y vagamunda, llena de persecuciones y riesgos, que llevando estás? Cuanto desde aquí contemplas es mio, sin mucho más que tu vista á ver no alcanza. Prefieres vivir la vida de esos gitanos aventureros, á cuya suerte tu suerte has unido, á la existencia de amor llena y de placeres rodeada, que á este tu antiguo caballero brindarte le es dado?
- RUF. Don Félix; yo os quise hasta que quereros pudo una honrada mujer!
- AVEND. Y yo, que siempre te he querido, soy el que ser solía, y cuando mandar pudiera, humildemente pido una mano en que estampar el beso de la bienvenida.
- RUF. Quedo! Si un paso más dais hácia mí, de estos agimeces me arrojo.

AVEND. Soy quien soy, Rufina; y palabras de mujer no me amedrentan.

RUF. Por la gloria de vuestra madre, deteneos! (Respaldada contra el mirador. Á un movimiento de D. Félix vuelve la cabeza como para medir la altura y ve á Mencigüela que se desliza por el muro que desde el mirador parte al fondo del escenario. Ahoga su alegría y cae de rodillas.) (Ah! Mencigüela! Favorecedla, Virgen de los Reyes!)

AVEND. De rodillas... Así queria yo verte pidiéndome piedad.

ESCENA XII.

DICHOS, MECIGÜELA, aparece en el ajimez.

MENC. Á Dios demándala, que tú eres quien la ha menester.

RUF. Hija!

MENC. Como gato llegada soy, asiéndome de las endiduras del muro con los puñales de Lope y del Caballero, que de uñas servido me han. ¡Arriba, madre, que aquí está tu hijica, y al que te ofenda le parte el corazon de una puñalada. Toma! (Arrojándole uno de los dos puñales.)

AVEND. De dónde en mi daño te ha abortado el infierno?

MENC. En esa estancia quiso el cielo que entender pudiera la violencia que meditabas, y por la escala misma, que momentos ántes que añadir tenido habia con nuestras sábanas, me deslicé hasta el foso.

RUF. Y por salvar mi honra en tan grave peligro te has puesto!

MENC. La tuya, no; que Rufina acompañada de Rufina estaba; y como aquella Safo, de que Lope nos habla, sabido hubiera dar el salto de Leucades. La de ese hombre salvo, que en grave peligro se encuentra.

AVEND. La mia? (Sonriéndose)

MENC. Conoces la letra de tu desposada?

AVEND. Conózcola. ¿Mas qué importa al caso? (Avendaño va á levantarse.)

MENC. Importa.—Quedo, que estás desarmado, y una mucha-

cha vencerte puede. ¿Es esta la letra que te digo?

(Avendaño sigue sentado.)

AVEND. Esa es.

MENC. Oye entónce.—Alumbra, Rufina.

AVEND. Pero...

MENC. Oye, don Félix de Avendaño, oye!

REF. Qué es esto?

MENC. Oye.—«Fernando mio: Sé que retraído vives en las asperezas de Sierra-Morena y que ántes que pedirte ayuda, prestártela me tocaba; mas quiere la suerte que á tal extremo sea llegada, que de quien socorrer yo debía, socorro demande. Trémula la mano y húmedo de mis lágrimas el papel, te escribo: mira cuál estaré, cuando tristezas añadir no temo á tus tristezas.»

AVEND. Razon de estado y no amor á ese enlace me encamina.

MENC. Calla y escucha.—«Casarme mi padre trata con el marqués de Gaucín como ántes con su hermano, que poco importa la persona donde la codicia sus miras puestas tiene: casarme mi padre trata; y yo resistir su voluntad no puedo; que, haciendo seguir mis pasos, topado ha el hijo de mi sin ventura hermana Amparo, que tú y yo criado habemos, y que por lo tanto nuestro cree; y de él apoderado, con matarle me amenaza si mi mano no entrego á ese enemigo de mi dicha, que por yerno tener ambiciona. Revelar cuyo es hijo este niño desventurado, cuando á mi hermana moribunda juré que nadie sino tú de mi boca lo sabría, imposible cosa es, y tampoco cuando á la sepultura se llevó el nombre del seductor inícuo, á él recurrir me es dado. Mira tú si medio encuentras de salvarlo y salvarnos, que ántes quiero verme unida á ese hombre y morir de pena, que pensar que el niño extiende sus manecitas para librarse de un puñal asesino, y llama á su madre, como me nombra, para que le salve, y gime y llora hasta encontrar un asilo en la sepultura de la que el ser le dió, ya que hay un padre tan desnaturalizado que así á su hijo en olvido pone.»

AVEND. ¿Cásase Araceli conmigo por salvar de la muerte al hijo de su hermana Amparo? (Sumamente conmovido y con la voz empañada.)

MENC. Casábase; que merced á nosotras, mientras que aquí estabas, ese torreón ha escalado y en salvo se encuentra.

AVEND. Pero entónces ese niño que de muerte amenazado se halla si ella conmigo no se casa, está bajo la punta de un puñal!—Á mí los de casa! Pajes, escuderos, servidores todos, acudid al marqués de Gaucin! (Abre la puerta del foro.)

ESCENA XIII.

DICHOS, LOPE, el CANÓNIGO, que aparecen al abrir las puertas AVENDAÑO.

LOPE. Tarde es para gritos, mi capitán. Doña Araceli y su amante, caballeros en dos árabes corceles, de que el viento envidia tuviera, acogidos deben estar á sagrado en la iglesia de Castel—Orgaz donde el cura para unirlos los esperaba.

AVEND. Qué me importan Araceli y su amante! El niño! el niño! el niño! ¿Qué es de esa infeliz criatura, que padre no ha conocido, y cuya madre murió dejándole en la cuna?

CANON. Y por qué os interesa tanto su suerte?

AVEND. Porque Dios me ha tocado en el corazón, merced á esa gitana, y á vuestras plantas, puesto que su ministro sois, misericordia demandó, si es que Dios la tiene para los padres que de sus hijos se olvidan.

CANON. Justicia celestial!

LOPE. Alzad, señor marqués; que Dios ha echado al mundo á este pobre farsante para acabar con los ajenos pesares, ya que librarse de los propios no le es dado.—Alzad os digo, que á quien fe tiene, Dios nunca cierra las puertas de la esperanza.

AVEND. Pero ese niño?...

RUF. y MENC. Ese niño...

- AVEND. ¿Dónde está ese hijo del ánima mia, que hora sé que para algo tengo aquí corazon, puesto que de amor paternal se me salta!
- CANON. Seguro, bajo la custodia de mi amigo el párroco de Castel-Órgaz y só el amparo de nuestra santa madre la Iglesia.
- AVEND. Amigos, Dios os pague la buena obra.
- CANON. Á Lope, que es quien á puerto sacó la nave.
- AVEND. Qué puedo hacer para recompensaros? Pedid sin tasa, que el más rico señor soy de Andalucía. (Á Lope.)
- LOPE. Por bien pagado me dará, si una antigua deuda satisfaceis. Hay en el mundo una mujer, un ángel diré mejor, cuyo pecho de veneno llenado habeis, sin que ni la distancia ni el tiempo hayan bastado á darla la triaca del olvido.
- AVEND. Rufina, quieres ser la madre de ese niño?
- RUF. Señor marqués!
- MENC. (Ay Dios mio!)
- RUF. Yo no tengo en el mundo más que un afecto; un solo hombre lleva dentro de sí un corazon que palpita á par del mio. Á ser marquesa de Gaucin, prefiero ser la esposa de un pobre farsante.
- LOPE. Rufina, tu corazon vive?
- RUF. Muerto le juzgué: dormido estaba: ¡Qué hermoso es despertar despues de una pesadilla!
- LOPE. Oh!
- MENC. Bendita seas, madre de Consolacion, que á la pobre gitánilla otorgas lo que tanto te ha pedido!

ESCENA XIV.

DICHOS, MELCHOR, ANDRADE, ESCAMILLA.

- MELCH. ¡Ay señor Canónigo de mi alma! ay Lope amigo!
- CANON. Qué pasa?
- MENC. Qué sucede?
- MELCH. Maese Andrade con sus perros que viene por nosotros.

- MENC. Frescos estamos!
- MELCH. No, el que viene fresco es él.
- AND. Detengan á ese foragido, zambullidor de hombres honrados, que me ha hecho tragar en el alberca del parque más agua de la que cayó sobre el arca de Noé.
- CANON. Melchor!...
- MELCH. No me mandó usarced que se refrescara? Pues hételo fresco.
- ESC. Señor marqués, poner paz entre estos farsantes es imposible. Várame Dios! Várame...
- MELCH. Válate el diablo, que á Dios harto tener debes con tanto balido.
- AVEND. Señor Escamilla, los asuntos de esta casa han cambiando en forma tal desde que no le veo, que no es extraño que ignore que estos son los dueños del palacio, y que para festejar las bodas de la señora Rufina y el señor Lope, dispuestas tengo las fiestas que han de celebrarse. Y ahora haced enganchar un coche, que con el señor Canónigo he de partirme á Castel-Orgaz, á cuyo fin le ruego que tan luego como pueda vaya á mi aposento. Amigos míos, no pareis mientes en lo que la justicia ni la Inquisicion contra vosotros intentar pudieran, ni tampoco contra el caballero don Fernando Nuñez de Montilla, que favor harto gozo para poner término á estas persecuciones. Adios, que en busca voy de ese hijo, hasta hoy tan olvidado, de hoy más tan querido. (Váse.)
- ESC. Qué mandais, mis señores?
- MENC. Que bale, señor Escamilla, que bale, si le place, tanto como el borrego del Bautista, y... *vale*. (Indicándole que se vaya.)

ESCENA ÚLTIMA.

RUFINA, MENCIGÜELA, LOPE, el CANÓNIGO, ANDRADE, MELCHOR.

- AND. Esto es farándula? Así á los farsantes se trata?—Hijo

Lope, no has menester en tu cuadrilla un vejete?

MENC. Un rubio querubin dirás, manojito de alhelies.

AND. Sea como fuere, yo experimentado tengo que sin vuestra compañía vivir no puedo. Si de otra cosa no sirvo, llevaré la cuenta en los mesones, cobraré á la puerta cuando representeis, en fin...

MELCH. Sí, si; basta. (Ya entró la polilla en el teatro.) (Accion significativa con la mano.)

LOPE. Rufina, cuando nos echen las bendiciones, quieres que tornemos al taller de Sevilla, ó que sigamos por esos mundos la vida de la farándula, á que llevado te hé.

RUF. Aquello que á tí bien te plazca, aquello será de mi gusto.

LOPE. ¡Pues á la vida errante tornamos, que aún hay muchos seres en el mundo, á quienes con ella podamos servir.

CANON. Sí, Lope de Rueda, sí; más de los que pensais, y más bien del que decís procurar podeis, llamando los hombres al buen camino. No es á los que van á la iglesia, llenos de unción, á oír nuestros sermones, á los que necesitamos ganar, que esos buenos cristianos son y ganados están: á los que no acuden á oír la voz que de la cátedra del Espíritu Santo emana, pecadores empedernidos, es á los que es preciso atraer, y nunca nuestra palabra les alcanza, porque huyen de los lugares en que resuena.—Van los que digo tras del placer, y en medio del placer hay que sorprenderlos, dándoles á beber la buena doctrina, sin que por el gusto que en su paladar deje sospechen lo que beben; y eso es lo que haceis vos con vuestros ejemplos representados, donde se acude en pos del deleite de la risa, y de los que siempre se saca una lección saludable; donde se entra riendo ¡y se sale pensando! El tablado que alzais en medio de la plaza ó en el corral de la posada del pueblo, es un púlpito que si envidiar pudiera os envidiaría, yo, que dirijo mi voz á la muchedumbre desde el del templo cristiano, porque á vos os escuchan los que á mí no me oyen, y con vuestras farsas y pasos podeis hacer

más bien en un día, que yo con mis pláticas en lo que de vida me resta.

LOPE. (Con entusiasmo.) Ello es así como lo decís, señor Canónico, que experimentado lo llevo en mis largas peregrinaciones; y tal idea, por saberlo, formado hé de este oficio de farsante, que algunos infame juzgan, que no lo trocaria por el de ministro del rey, ni el de general de sus ejércitos; que ministro soy de la moral y la cultura públicas, y aunque al frente de escasa tropa, todos los días riño una batalla con la ignorancia y la inmoralidad, aprisionando en ella las ánimas de hombres, á quienes hago mas sábios y mejores.—Yo subiré á la carreta de Tespis; pero no para cantar como el farsante griego las alabanzas de un dios borracho, sino para esparcir lo bueno y lo santo y lo hermoso por ciudades y aldeas, ora envuelto en el chiste grosero de un paso de burlas, ora en el ejemplo interesante de una fábula trágica. Con razon los farsantes griegos embadurnaban sus rostros con heces de vino para no ser conocidos de sus conciudadanos, porque el cantar á Baco era empresa que les avergonzaba: yo presento mi cara á mis compatricios, porque, aunque farsante como aquellos, censuro vicios y enaltezco virtudes, y en esto no hay nada que haga salir los colores al rostro de un hombre honrado!

CANON. Seguid, hijo, por ese sendero; que si al fin de él hallais la palma del martirio, mas allá brotará para vos el laurel de la gloria. (Con creciente entusiasmo.)

LOPE. El laurel de la gloria cristiana, que se ciñe enseñando al que no sabe, consolando al afligido!

CANON. Esas son obras de misericordia!

LOPE. ¡Y ese es el término del arte que profeso!—Si el teatro no enseña y no consuela, más que ministerio de hombres honrados es oficio de bufones; y Lope de Rueda no es venido al mundo para ser bufon.—Con Rufina por esposa, y esos que veis por compañeros, capaz soy de dar cima á grandes empresas. Quiero hacer revivir

en nuestra pátria el arte de Grecia y de Roma; mejor dicho: crear para ella un arte nuevo, porque el de aquellas grandes naciones está envuelto en las tinieblas del paganismo, y á nosotros es preciso que nos alumbre la luz divina del arte cristiano!

FIN DE LA COMEDIA.

segunda cenicienta.
 por cuna.
 choza del almadrero.
 os patriotas.
 os lazos del vicio.
 os molinos de viento.
 a agenda de Correlargo.
 a cruz de oro.
 a caja del regimiento.
 as sisas de mi mujer.
 lueven hijos.
 as dos madres.
 a hija del Rey René.
 os extremos.
 a fruitería de Murillo.
 a cantinera.
 a venganza de Catana.
 a marquesita.
 a novela de la vida.
 a torre de Garan.
 a nave sin piloto.
 os amigos.
 a judía en el campamento, ó
 glorias de Africa.
 os criados.
 os caballeros de la niebla.
 la escala de matrimonio.
 la torre de Babel.
 a desobediencia.
 la buena alhaja.
 la niña mimada.
 os maridos (refundida.)
 ti mamá.
 tal de ojo.
 ti oso y mi sobrina.
 Martín Zurbano.
 Marta y Maria.
 Madrid en 1818.
 Madrid a vista de pájaro.
 tiel sobre hojuelas.
 jartires de Polonia.
 Kanta!! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á río revuelto.
 Por ella y por él.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquista
 de Ronda.
 Por una pensión.
 Para dos perdices, dos.
 Prestamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convidó al Coronel!...
 Quien mucho abarca.
 ¡Que suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rostia.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
 Tod' uno.
 Torbellino.
 Unamor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un dómene como hay pocos.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un huesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en euserte.
 Una lección reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocación.
 Un retrato á que *simarepa.*
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Una llave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una lección de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una lección de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un vicio pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
 Armas de buena ley.
 A cual mas feo.
 Ardiens y cuchilladas
 Clavequina la Gitana.
 Cupido y Marte.
 Cétero y Flora.
 D. Sisenando.
 Doña Mariquita.
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
 veedor.
 Don Pascual.
 El Bachiller.
 El doctrino.
 El ensayo de una ópera.
 El calesero y la maja.
 El perro del hortelano.
 En cinta y en Marruecos.
 El león en la ratonera.
 Enredos de carnaval.
 El delirio (drama lírico.)
 El Pozitillon de la Rioja (*Música.*)
 El Vizconde de Letorieres.
 El mundo á escape.
 El capitán español.
 El corneta.
 El hombre feliz.
 El caballo blanco.
 El colegial.
 El último mono.
 El primer vuelo de un pollo
 Entre Finto y Valdemoro.
 El magnetismo... ¡animal!
 El califa de la calle Mayor.
 En las astas del toro.

El mundo nuevo
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mundo.
 El Paraiso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estátua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La luna de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitana.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matti de y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dios
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Petuquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.
Alcalá de Henares.
Alcoy.
Algeciras.
Alicante.
Almagro.
Almería.
Andújar.
Antequera.
Aranjuez.
Avila.
Avilés.
Badajoz.
Baeza.
Barbastro.
Barcelona.

Bejar.
Bilbao.
Burgos.
Cabrera.
Cáceres.
Cádiz.
Calatayud.
Canarias.

Carmona.
Carolina.
Cartagena.
Castellón.
Castroreales.
Ceuta.
Ciudad-Real.
Córdoba.

Coruña.
Cuenca.
Ecija.
Ferrol.
Figueras.
Gerona.
Gijón.
Granada.

Guadalajara.
Habana.
Haro.
Huelva.
Huesca.
Irun.
Látiva.
Lérida.
Linares.
Logroño.
Loreca.

S. Ruiz.
Z. Bermejo.
J. Martí.
R. Muro.
J. Gossart.
A. Vicente Perez.
M. Alvarez.
D. Caracnel.
J. A. de Palma.
D. Santisteban.
S. Lopez.
M. Roman Alvarez.
F. Coronado.
J. R. Segura.
G. Corrales.
A. Saavedra, Viuda de
Bartumeus y I. Cerdá.
J. Teixidor.
E. Delmas.
T. Arnaiz y A. Hervias.
B. Montoya.
H. E. Perez.
V. Morillas y Compañia.
F. Molina.
F. Maria Poggi, de Santa
Cruz de Tenerife.
J. M. Eguluz.
E. Torres.
J. Pedreno.
J. M. de Soto.
L. Ocharán.
M. Garcia de la Torre.
P. Acosta.
M. Muñoz, F. Lozano y
M. Garcia Lovera.
J. Lago.
M. Mariana.
J. Gluli.
N. Taxonera.
M. Alegret.
F. Dorca.
Crespo y Cruz.
J. M. Fuensalida y Viuda
ó Hijos de Zamora.
R. Oñana.
M. Lopez y Compañia.
P. Quintana.
J. P. Osorno.
R. Guillen.
R. Martinez.
J. Perez Fluixá.
F. Alvarez de Sevilla.
J. Urquía.
Mihon Hermano.
J. Sol é hijo.
J. M. Caro.
P. Brieba.
A. Gomez.

Lucena.
Lugo.
Mahon.
Málaga.

Manila (Filipinas).
Mataró.
Mondonedo.
Montilla.
Murcia.

Ocaña.
Orense.
Orihuela.
Osuna.
Oviedo.
Palencia.
Palma de Mallorca.
Pamplona.
Pontevedra.
Priego (Córdoba).
Puerto de Sta. Maria.
Puerto-Rico.
Requena.
Reus.
Riosco.
Ronda.
Salamanca.
San Fernando.
S. Ildefonso (La Granja).
Sanlúcar.
San Sebastian.
S. Lorenzo. (Escorial).
Santander.
Santiago.
Segovia.
Sevilla.
Soria.
Talavera de la Reina.
Tarazona de Aragon.
Tarragona.
Teruel.
Toledo.
Toro.
Trujillo.
Tudela.
Tuy.
Ubeda.
Valencia.

J. B. Cabeza.
Viuda de Pujol.
P. Vinet.
J. G. Taboada y F. de
Moya.
A. Oñana.
N. Clavell.
Viuda de Delgado.
D. Santolalla.
T. Guerra y Herederos
de Andrión.
V. Calvillo.
J. Ramon Perez.
J. Martinez Alvarez.
V. Montero.
J. Martinez.
Hijos de Gutierrez.
P. J. Gelabert.
J. Rios Barrena.
J. Buceta Solla y Comp.
J. de la Cámara.
J. Valderama.
J. Mestre de Mayagüez.
G. Garcia.
J. Prius.
M. Prádanos.
Viuda de Gutierrez,
R. Huebra.
J. Gay.
J. Aldete.
I. de Oña.
A. Garralda.
S. Herrero.
C. Medina y F. Hernandez.
B. Escribano.
L. M. Salcedo.
F. Alvarez y Comp.
F. Perez Rioja.
A. Sanchez de Castro.
P. Veraton.
V. Font.
F. Baquedano.
F. Hernandez.
L. Poblacion.
A. Herranz.
M. Izalzu.
M. Martinez de la Cruz
T. Perez.
I. Garcia, F. Navarro y J.
Mariana y Sanz.
D. Jover y H. de Rodrigz.
Soler, Hermanos.
M. Fernandez Dios.
L. Creus.
J. Oquendo.
A. Oguet.
V. Puertes.
L. Ducassi, J. Comin y
Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.